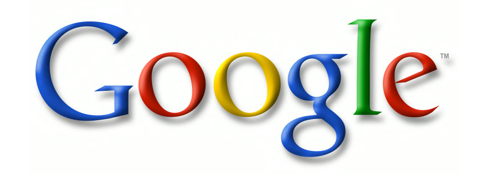


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

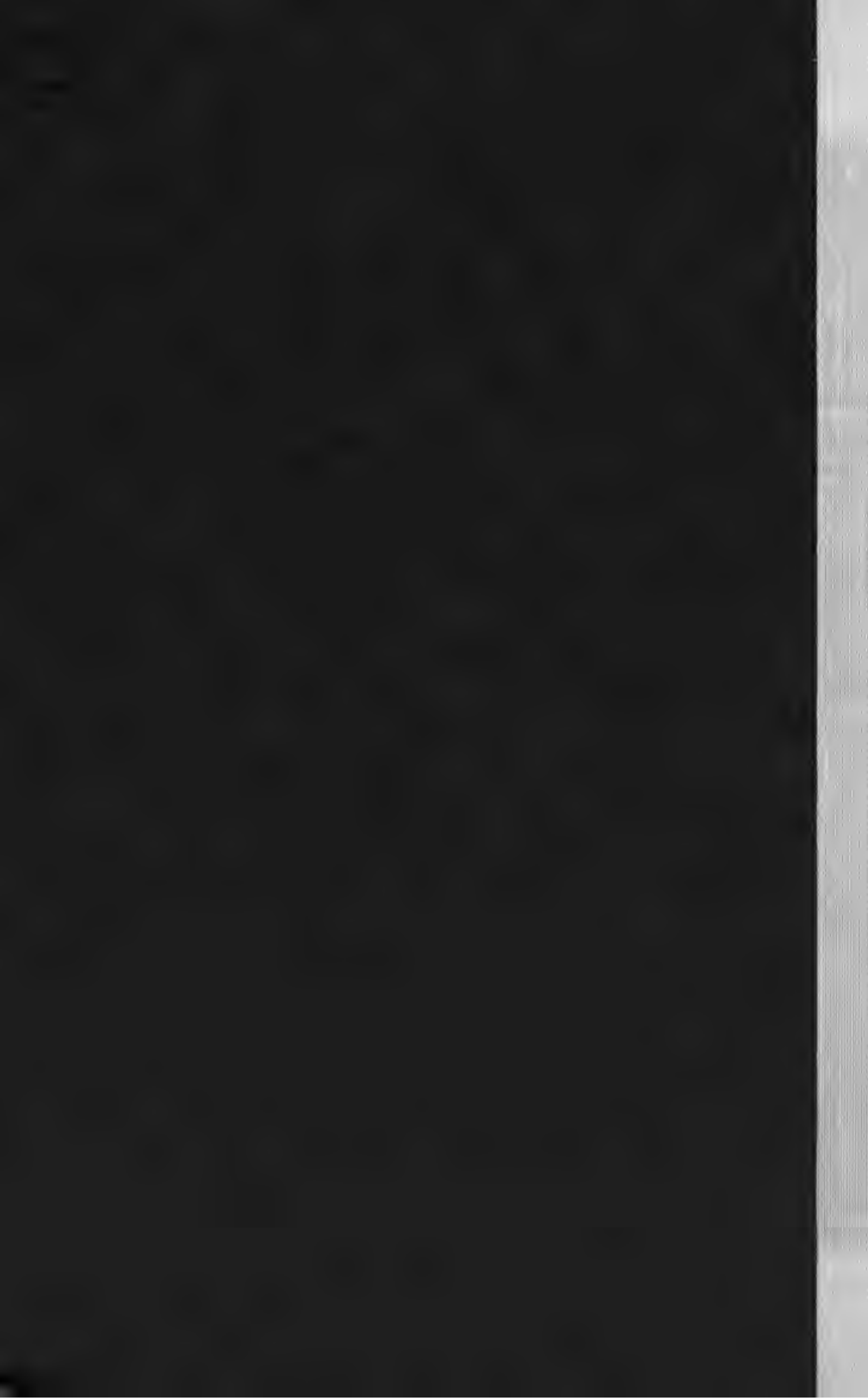
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

DOÑA URRACA
DE
CASTILLA

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

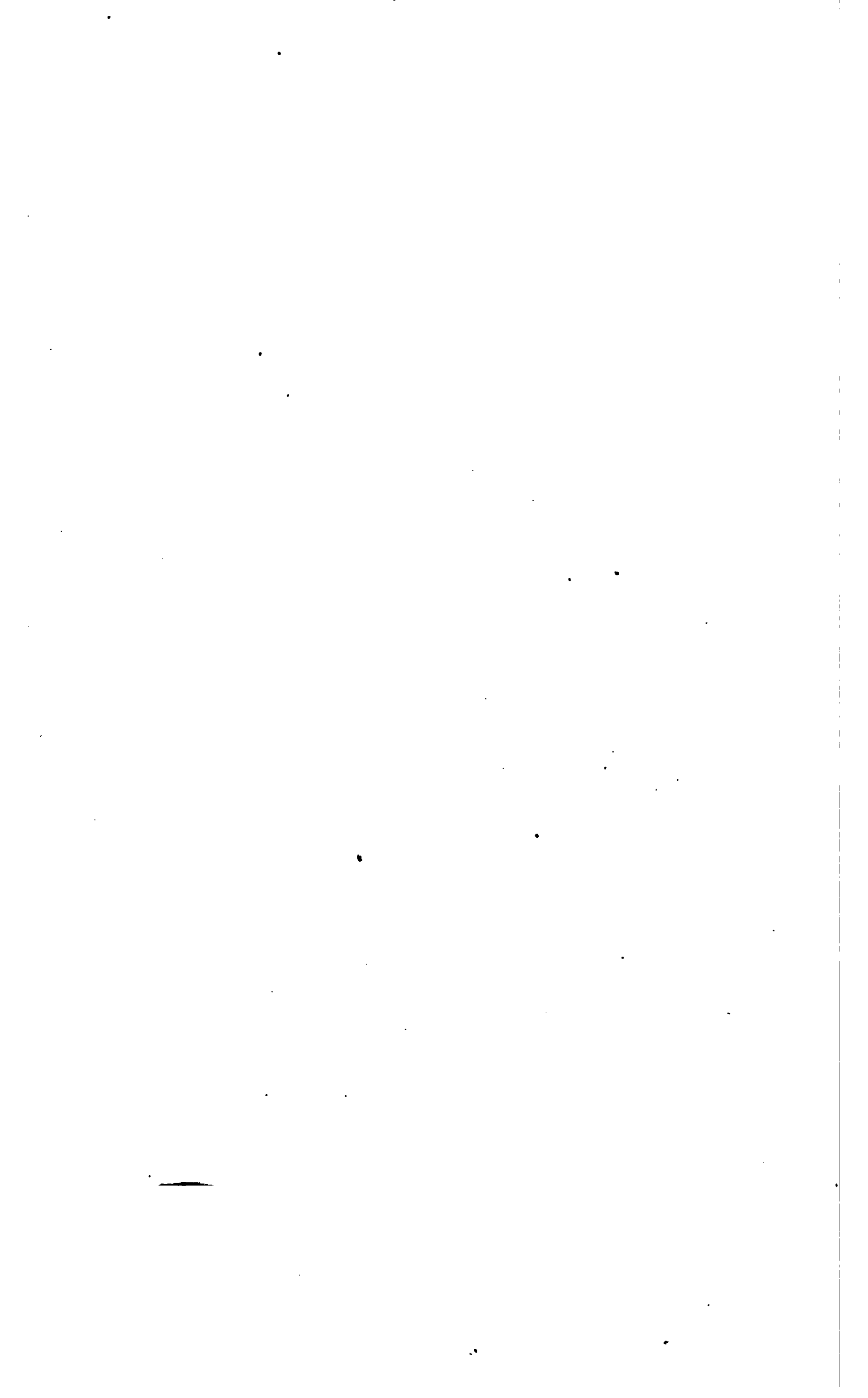
DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE D. F. LOPEZ VIZCAINO,
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚMERO 1.

1872.



DOÑA URRACA DE CASTILLA.

DOÑA URRACA

DE CASTILLA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Representada por primera vez
en el teatro del Circo el dia 15 de Octubre de 1872.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE LOPEZ VIZCAINO, CAÑOS 4.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
SANCHA.	Sra. D.ª Matilde Diez.
DOÑA URRACA, reina de Castilla. . .	» D.ª Gertrudis Castro.
GARCÉS, médico (1).	Sr. D. Manuel Catalina.
DON ALFONSO, rey de Aragon. . .	» D. Juan Casañé.
GIRALDO PONCE, llamado el Diablo.	» D. Florencio Romea.
BELTRAN. soldado aragonés. . . .	» D. Mariano Fernandez.
DON MENDO, caballero castellano. . .	» D. Manuel Calvo.
Caballero castellano 1.º	
Id. id. 2.º	
El infante, niño de tres años.	
Caballeros aragoneses y castellanos y soldados de D. Alfonso.	

(1) A pesar de la escasa importancia de este personaje, no ha tenido inconveniente el Sr. Catalina en desempeñarlo, por consideraciones que el autor le agradece mucho.

La accion del primer acto pasa en el palacio real de Burgos. La de los actos segundo y tercero en el castillo de Castellar.—Epoca, el año de 1111.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario de esta obra se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de la Galería Dramática y Lírica de *D. Eduardo Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOAN STACK

PQ6523
A29-5...
1...2

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio real de Burgos: gran puerta en el fondo, que conduce al exterior; otra á la izquierda, que da paso á las habitaciones de la reina, y otra en el opuesto lado, por donde se va á las del rey. Al levantarse el telon, varios caballeros forman dos ó tres grupos y parecen conversar con mucha animacion.

ESCENA PRIMERA.

D. MENDO Y CABALLEROS CASTELLANOS.

CAB. 1.° Pero, es cierto?
MENDO. Que si es cierto?
antes de rayar el dia,
ayer escaramuzaban
la dos fuerzas enemigas.
CAB. 1.° Muy peligrosa es la empresa
de don Gomez.
MENDO. Atrevida.
CAB. 2.° Temeraria.
MENDO. Sin contar
con que así desacredita
á la reina: los que saben
sus pretensiones altivas...

2

CAB. 1.° Callad, don Mendo.
CAB. 2.° Pero es
verdad?
MENDO. Cuando sea mentira,
la conducta de don Gomez
las sospechas acredita.
A doña Urraca proclama,
y son sus palabras mismas,
dos veces señora suya;
y si esto no significa...
CAB. 1.° Eso no prueba que sea
su pasion correspondida.
CAB. 2.° El conde es presuntuoso.
MENDO. No es presuncion; es codicia.
CAB. 1.° O uno y otro.
CAB. 2.° Si pretende
ser rey?
MENDO. Y que haya quien siga
la bandera de ese loco?
CAB. 1.° Como es de tan gran familia...

ESCENA II.

DICHOS y GARCÉS, que sale por la puerta de la izquierda y se dirige á la del fondo.

CAB. 2.° Ahí viene Garcés.
MENDO. Acaso
él, que con los reyes priva,
sabrá algo más del suceso.
Garcés? (Llamándole.)
CAB. 1.° Llevas mucha prisa?
GARC. Yo siempre vivo despacio.
Qué hay, señores, en que os sirva?
MENDO. Lo primero es lo primero.
Qué hay del infante?

CAB. 1.° Peligra
su salud?
GARC. Antes le he hallado
con notable mejoría.
MENDO. Y la reina?
GARC. No se aparta
de su lado; está abatida.
MENDO. Es natural: su hijo enfermo...
CAB. 1.° Las discordias intestinas...
CAB. 2.° Y la ausencia del rey...
GARC. Todo
se junta para afligirla.
MENDO. Qué se dice?
GARC. Que don Gomez
ha hecho frente en Candespina
al rey.
MENDO. Ha habido combate?
GARC. No se tienen más noticias.
MENDO. Y la reina; ¿quién lo duda?
reprobará tan ridícula
intentona...
GARC. Como que
su reputacion lastima.
MENDO. Quién piensas que vencerá?
GARC. No sé de nigromancía;
pero las gentes del rey,
sobre ser más aguerridas,
son más numerosas.
MENDO. Cierto.
GARC. Y aunque esta no es regla fija,
tratándose de batallas
ó de cosas parecidas,
los más se llevan la gloria
y los menos la paliza.
MENDO. Y la llevará don Gomez
por díscolo, y porque aviva

los ya olvidados rencores
entre Aragon y Castilla.

GARC. Don Mendo, hablad por vosotros:
el pueblo no los olvida.

CAB. 1.° Qué más quiere?

MENDO. Don Alfonso
puede labrar nuestra dicha,
y ya se deja sentir
su proteccion...

CAB. 2.° Que lo diga
el contento general.

GARC. Las cosas, segun se miran,
cambian de aspecto hasta el punto
de no parecer las mismas.
Pues bien: vosotros, la gente
de elevada gerarquía,
las mirais de arriba abajo,
y el pueblo de abajo arriba.
Falta ahora saber cuál es
el mejor punto de vista.

CAB. 1.° El pueblo no tiene voto.

MENDO. Y las razones obligan
de justicia y conveniencia.

GARC. Sobre todo de justicia.
Así nos hemos dejado
conquistar.

MENDO. Esa es maligna
suposicion.

GARC. No es lo cierto?

MENDO. Fué concordia y no conquista.

GARC. Es igual. (Aunque se dore
la píldora, siempre es píldora.)

MENDO. Ya sabes lo que ofrecimos
en solemne pleitesía
los nobles de entrambos reinos
que hoy somos una familia.

Si el rey oprime á la reina,
que esta nuestro apoyo pida,
y puede en su pró contar
con nuestras fuerzas unidas;
mas si él es el agraviado,
su ofensa á todos lastima.
De este modo, no es posible
ni sinrazon ni injusticia.

CAB. 1.° A qué dais satisfacciones?..

MENDO. Me parece que te inclinas
más á la reina que al rey.

GARC. Pues son dos causas distintas?

MENDO. De la reina es partidario,
como que ha dado una villa
á su mujer, porque ha sido
del tierno infante nodriza.

GARC. Es verdad; mas no sabeis
que aunque tiene sangre limpia
y un si es, no es, hidalga, Sancha
no es ambiciosa ni altiva,
y ha renunciado...

MENDO. Bien hecho.

GARC. No tienen todos la misma
abnegacion.

MENDO. Por quién hablas?

GARC. Lo digo acá sin malicia.

MENDO. Pues cuenta, Garcés, con eso,
que puede ahogarte la risa,
y pesa más tus palabras.

GARC. Bien!

MENDO. Ay de tí si lo olvidas!

GARC. Gracias.

MENDO. No me lo agradezcas.

GARC. Los hay que dan y no avisan.

ESCENA III.

GARCÉS, luego BELTRAN por el fondo.

GARC. Yo no comprendo el orgullo
que al mismo tiempo se humilla.
Mas vamos á cuentas: si estos
pasan por tanta ignominia;
he de tener yo la honra
más vidriosa ó más esquiva?
Nada, nada! puesto que
la suerte me solicita
y el rey lo quiere, adelante!
á medrar démonos prisa.
Qué veo! es Beltran!
BELTR. El mismo.
Qué te espantas?
GARC. Yo te hacia
en Sepúlveda.
BELTR. De allá
salí anoche á la hora prima.
GARC. Y el rey?
BELTR. El rey? es probable
que el mismo camino siga,
y esté ya cerca de Búrgos.
Él es el que á tí me envia.
GARC. Qué te ha dicho?
BELTR. Estas palabras.
No sé lo que significan,
ni me importa. «Dí á Garcés
que para esta tarde misma
ha de estar bueno el enfermo.»
GARC. Y en el caso en que resista
la fiebre maligna?..
BELTR. Nada!

lo manda el rey.
GARC. Mucho obliga
el deber.
BELTR. Para qué es rey
si cualquier fiebre maligna
puede faltarle al respeto?
En cambio, como le sirvas,
puedes sacar cuanto quieras.
GARC. (Menos la conciencia limpia.)
BELTR. Pero si le vendes...
GARC. Nunca:
te lo juro.
BELTR. Esa es tu dicha.
Mi ambicion es ser hidalgo:
el rey lo sabe, y me fía
empresas más peligrosas
que hacer de un hombre una criba.
Pues supongamos que no
le sirves bien: que me diga
una palabra, y acabo
con toda tu medicina.
En cambio, si tú pudieras
mandarme una pulmonía
de esas que no curas... eh?
lo dejaras por desidia?
GARC. Esa es una imputacion...
BELTR. Injusta!
GARC. Infundada.
BELTR. Inícua!
Pero en fin, en qué quedamos?
qué digo al rey?
GARC. Que por dicha,
y por respeto sin duda,
cedió el mal hace unos dias,
de modo, que está el enfermo...
BELTR. Bueno?

GARC. Rebosando vida.
Qué se habla de los rebeldes?
traes nuevas?..
BELTR. Pues dí; querias
que abandonara á mi rey
antes con antes, y en vísperas
de un combate? cuando vine
ya era cosa concluida.
GARC. Se ha trabado la batalla?
BELTR. Y hemos tenido un buen dia.
De un flechazo de mi mano
don Gomez perdió la vida,
y con él cayó la flor
de los nobles de Castilla:
ciento y mas; puede decirse
toda la caballeria.
GARC. (Si era lo probable!)
BELTR. Pues
de peones, no se diga.
GARC. Siempre lo pagan los pobres.
BELTR. Y es consecuencia precisa.
En primer lugar, son muchos;
los otros visten loriga
y trescientas cosas más,
que son fortalezas vivas:
entre nosotros es raro
el que se pone camisa.
Pero nos dieron que hacer,
porque, eso sí! sacudian...
GARC. Tú no eres de los que el nombre
castellano desestiman?
BELTR. Y dime; quién es capaz
de semejante injusticia?
GARC. Otros muchos.
BELTR. Castellano
era aquel Rodrigo Diaz

de Vivar, que fué el terror
y espanto de la morisma.

GARC. Vaya!

BELT. Y la tropa del conde
era toda allegadiza,
y harto bien ha combatido
para ser gente novicia.
Aquí traigo las señales.

GARC. Qué has sacado?..

BELT. Dos heridas
que vas á curarme luego,
y sin rencor.

GARC. No te fias
de mí?

BELT. De tu ciencia, mucho:
de tu conciencia, ni pizca.

GARC. Ya verás.

BELT. Pero te advierto
que tengo la vista fija
en tus manos.

GARC. Vé delante.

BELT. Y mueres si te descuidas. (Vánse por la derecha.)

ESCENA IV.

DOÑA URRACA, DON MENDO, damas, caballeros castellanos y pajes. Todos vienen por la izquierda.

URRAC. Os estimo el parabien
como madre: sí; hoy es dia
de plácemes y alegria.
Está ya mi palafren?

MENDO. Inquieto el noble animal
que ya impaciente os espera,
piafa al pié de la escalera.
(Se oyen voces hácia la puerta del fondo.)

Pero qué sucede?
SANCH. (Dentro.) Hay tal?
os digo que la he de ver!
MENDO. Silencio! (Dirigiéndose al fondo.)
SANCH. (Dentro.) No me conoces?
URRAC. Qué es eso? Quién da esas voces?
(A un paje que sale por el fondo.)
PAJE. Es, señora, una mujer;
quiere veros al instante
y el palacio escandaliza.
URRAC. Pero, quién es?
MENDO. La nodriza
(Mirando desde la puerta.)
de mi señor el infante.
URRAC. Sancha? Dejadla pasar.
Sin duda es que á mi hijo viene
á ver. No sabeis que tiene
conmigo el mejor lugar?

ESCENA V.

DICHOS y SANCHA, que habiendo oido las últimas palabras de la reina, se vuelve hácia el paje con orgullo.

SANCH. Ya veis si yo os lo decia.
Cómo de veros se ensancha (A la reina.)
mi corazon! (Hincando una rodilla y besándola la mano.)
URRAC. Noble Sancha, (Haciéndola levantar.)
SANCH. Ay, reina y señora mia!
No me olvidásteis?
URRAC. Yo? mide
el mio por tu contento.
Con tantos amigos cuento
para que de tí me olvide?
Con qué otro amor sustituyo

el tuyo en que me prefieres?
Cuando sé que á mi hijo quieres,
si es posible, más que al tuyo?

SANCH. A la par quiero á los dos,
que otra cosa es desvarío.
Yo no adulo: más que al mio
tan solo al hijo de Dios.

URRAC. Pero le amas.

SANCH. Eso sí!
Vaya; con el alma entera.
No olvido que su primera
sonrisa fué para mí.
Por verle dejé á Leon.

URRAC. Es hoy su salud tan buena,
que libre de aquella pena
voy á volar un halcon.

SANCH. Perdonad: llego á mala hora.

URRAC. Espérense.

SANCH. Yo no valgo...

URRAC. Vamos, Sancha: tienes algo
que pedirme?

SANCH. Sí, señora.

URRAC. Y qué es?

SANCH. Una impertinencia;
un traslado que hacer quiero
de dominio: solo espero
que me deis vuestra licencia.

URRAC. Habla.

SANCH. Es cosa muy sencilla;
la villa que me habeis dado...

URRAC. Qué has hecho?

SANCH. La he regalado.

URRAC. A quién?

SANCH. A la misma villa.
No acusareis mi egoismo.

URRAC. La quieres libre?

SANCH. Cabal.
No es justo que cada cual
se pertenezca á sí mismo?
URRAC. Algun motivo tendrás.
SANCH. Sí, tenia una carcoma...
URRAC. Pero por qué?
SANCH. Toma, toma!
por mil razones y más.
Sobre no tener codicia,
es bien, porque lo hagan reyes,
que yo que no sé de leyes
administre allí justicia?
¡Bonito anduviera aquello!
URRAC. Quién sabe!
SANCH Pobre de mí!
Jamás! Así es que cogí
la ocasion por un cabello.
Y es que apuran mi paciencia,
ya la acusacion que viene
porque el escribano tiene
quebradiza la conciencia;
ya me piden, por razones
que muchas veces son cuentos,
que reprima descontentos
y que castigue ladrones:
que ponga alcalde más digno,
y á Juan, que es mejor que Pablo;
hasta que dije: «qué diablo!»
(Conteniéndose y haciendo la señal de la cruz.)
Arredro vaya el maligno!
Nada, nada! esto se acaba,
y se acaba desde ahora.
Pensaba ser la señora,
y en realidad soy esclava.
URRAC. Verdad.
SANCH. Y esto es lo de menos;

vaya! pero castigar!
No me quiero condenar
por los pecados agenos.

URRAC. Sea, pues.
SANCH. Tambien he venido
por otra razon. Estoy
sola en mi casa.
URRAC. Y qué?
SANCH. Voy
á llevarme á mi marido.
URRAC. Quereis dejarme los dos?
Él acaso no querrá.
SANCH. Puede ser; pero vendrá.
Hoy os diremos adios.
URRAC. Mi afecto ya no conoces?
SANCH. No dudo que mucho sea;
pero hay un niño en mi aldea
que está llamándole á voces,
y al mismo tiempo el placer
de aquellos goces supremos...
URRAC. Bien dices.
SANCH. Ya volveremos
si nos habeis menester.

ESCENA VI.

DICHOS y GARCÉS por la derecha.

GARC. Sancha!
SANCH. Mi marido!
URRAC. Él es.
Llega acá: de qué os turbais?
SANCH. El gozo...
GARC. El respeto...
SANCH. Estais
contenta con mi Garcés?

URRAC. Acusa mi ingratitud
si es que alguna vez olvido
que le debo á tu marido
del infante la salud.
SANCH. Es posible?
URRAC. Sí, á fé mia.
Hoy á levantarse empieza.
SANCH. Si no estuviera ahí su alteza (Ap. á Garcés.)
buen abrazo te daria!
GARC. Cumplí con mi obligacion:
así remediar pudiera
otros males, que lo hiciera
tambien.
URRAC. Y qué males son?
GARC. Los de Castilla, señora.
Sabeis que se han encontrado
ayer mismo?...
URRAC. Eso han contado;
pero la verdad se ignora.
GARC. Es lo cierto.
URRAC. Habla, Garcés;
se ha podido averiguar?...
GARC. Ahora acaba de llegar
un soldado aragonés.
URRAC. Un soldado? Y qué supistes?
(Garcés permanece silencioso y con la cabeza baja.)
Para que á hablar no te atrevas,
deben de ser tristes nuevas.
GARC. Sí, señora: son muy tristes.
URRAC. Que venga ese hombre.
GARC. Vendrá.
Es Beltran el ballestero.
URRAC. Llámale; dí que le espero.
MENDO. Mal disimula. (Ap. á los caballeros.)
GARC. Aquí está.

ESCENA VII.

DICHOS y BELTRAN por la derecha.

URRAC. Beltran?
BELTR. Señora.
URRAC. Tu ley
á Alfonso, me es conocida.
Está en peligro la vida
de mi esposo y de tu rey?
BELTR. Si acaso vuestro reposo
alteraba ese temor,
tranquilizaos: vencedor
he dejado á vuestro esposo.
Tomó implacable venganza.
URRAC. Ha corrido sangre?
BELTR. Mucha.
Horrible ha sido la lucha,
pero mayor la matanza.
Han tocado á su ruina,
y el campo quedó cubierto...
MENDO. Qué es del conde?
BELTR. El conde ha muerto:
su tumba fué Candespina.
(Todos se fijan en la reina.)
Aquel desierto lugar
desde ayer tiene su historia.
URRAC. Sí; mas de triste memoria;
quién la pudiera borrar!
Este es el amargo fruto
de tanta discordia fiera!
mis reinos, España entera
debe vestirse de luto.
Melendo, encierra el halcon:
suspéndase toda fiesta,

que esa noticia funesta
ha helado mi corazon.

SANCH. Trance ha sido desdichado.

URRAC. Y aquel que tiene la llave
de nuestra conciencia, sabe
que yo no lo he provocado.
Mas de la madre el amor,
y yo su madre me digo,
puede llorar el castigo
aun condenando el error.
La madre su frente humilla
y llora ante el Justo y Fuerte
de tantos hijos la muerte.
Señores, á mi capilla.

(Váse por la izquierda seguida de todos los que están en la escena, escepto Sancha, Garces, Beltran, Mendo y los caballeros castellanos 1.º y 2.º)

ESCENA VIII.

SANCHA, GARCÉS, MENDO, BELTRAN y caballeros.

BELTR. Cuánto lo ha sentido! (Con intencion.)

MENDO. Calla!

(Ap. señalando á Sancha.)

SANCH. No es natural que lo sienta?

MENDO. Tienes razon.—Beltran, cuenta
cómo pasó la batalla.

(Dirigiéndose hácia la puerta del fondo con Beltran, seguido de los otros caballeros.)

GARC. (No me agrada esta venida.) (Mirando á Sancha.)

BELTR. Aun no brillaba la aurora,
cuando el rey...

(Váse por la puerta del fondo rodeado de los tres caballeros.)

ESCENA IX.

SANCHA y GARCÉS.

SANCH. Garcés, no es hora
de darme la bienvenida?
GARC. Cómo has dejado al rapáz?
SANCH. Tan hermoso, que dá gusto.
GARC. Bueno, es verdad?
SANCH. Y robusto.
GARC. Y travieso?
SANCH. Y montaraz.
GARC. El chico?..
SANCH. Aunque no te cuadre
ha heredado mi osadía.
GARC. Eso es cierto.
SANCH. En algo habia
de parecerse á su madre.
Te pesa? Por lo demás
no hay miedo de que desmienta
su honrado orígen. (Con orgullo.)
GARC. Contenta
á lo que parece estás.
SANCH. Mucho. (Mirándole cariñosamente.)
GARC. Conmigo?
SANCH. Pues quién
quieres que más feliz haya?
GARC. Estás satisfecha?
SANCH. Vaya!
Y envanecida.
GARC. Tambien?
SANCH. Bendita la ciencia hermosa
que inspirándose en el cielo
trajo la paz y el consuelo
á la madre temerosa!

Qué más noble vencedor
que aquél que con mano fuerte
su presa arranca á la muerte
y su víctima al dolor?

GARC. Profesion bella; es verdad?

SANCH. Que si es bella, me preguntas!
cómo no, si abarca juntas
la ciencia y la caridad?

GARC. Y además, qué maravilla
fuera, aunque esto es un arcano,
que estuviese hoy en mi mano
el porvenir de Castilla?
Que para bien de su grey
(Examinando su fisonomía con profunda intencion.)
y gloria de su bandera,
á tu esposo se debiera
la existencia de un gran rey?

SANCH. Y lo será; que además
de la sangre que ha heredado,
en este seno ha mamado
honradez y nada más.

GARC. (Voy á hallar oposicion
á mi medro...)

SANCH. En él no hay mancha.

GARC. Eso es verdad. Díme, Sancha;
te vuelves pronto á Leon?

SANCH. Te estorbo?

GARC. Tú! qué locura!

SANCH. Tanto tiempo acá en la córte...
De alguna dama de porte
te ha prendado la hermosura?

GARC. Qué dices?

SANCH. Soy muy celosa:
ya lo sabes.

GARC. Sin razon:
yo solo tengo ambicion.

SANCH. Si es honrada, es brava cosa.
(Se oyen á lo lejos trompetas y voces.)
GARC. Oyes la trompetería?
SANCH. Qué es?
GARC. El rey debe de ser.
SANCH. El rey?
GARC. Lo podemos ver
desde aquella galería.
(Señalando hácia la puerta de la izquierda.)
SANCH. (Qué interés... no me lo esplico.)
GARC. No escuchas el clamoreo?
SANCH. Sí; mas lo que yo deseo
es...
GARC. Qué?
SANCH. Ver al infantico.
GARC. Y por qué no al rey tambien?
dí.
SANCH. No le quiero.
GARC. Ahí estamos?
Pero por qué?
SANCH. Porque... vamos!
no sé esplicármelo bien.
GARC. Esa es una necedad.
SANCH. No diré otra cosa; pero
lo cierto es que no le quiero:
quién manda en la voluntad?
nadie; ó se tiene cariño
ó no se tiene.
GARC. Así es.
SANCH. Y hay ódios y... en fin, Garcés,
vámonos á ver al niño.
GARC. (Sospechará?) (Dirigiéndose á la puerta.)
SANCH. (Hay cada enredo
en la córte... y algo pasa.)
Hoy nos volvemos á casa. (Deteniéndose.)
GARC. Quién! Yo?

SANCH. Tú. (Con firmeza.)
GARC. No sé si puedo...
SANCH. Ya á la reina se lo he dicho.
GARC. Pero á su alteza, en conciencia, debo...
SANCH. Tengo su licencia.
GARC. Y por qué es ese capricho?
SANCH. No lo sabes? (Mirándole de hito en hito.)
GARC. No, por Dios.
SANCH. Ni tampoco lo adivinas?
GARC. No.
SANCH. Me han dicho que te inclinas á D. Alfonso.
GARC. A los dos.
No es de la reina el marido,
y un gran rey?
SANCH. Será así, pero...
GARC. Buen soldado y caballero?
SANCH. Viven en paz?
GARC. No he sabido
ni sospechado...
SANCH. Pero es
posible? me maravilla...
Lo saben Leon y Castilla,
y lo ignoras tú, Garcés!
GARC. Pues bien: aun cuando así sea...
SANCH. Calla! (Sospecha villana!..)
Lo dicho, dicho: mañana
nos volvemos á la aldea.
GARC. A tu gusto.
SANCH. Y sin parar.
GARC. Y habla poco. (Con intencion.)
SANCH. Pues por eso...
GARC. Sígueme.
SANCH. Le doy un beso
y me vuelvo á mi lugar. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA X.

GIRALDO y BELTRAN, por el fondo.

BELT. Viene el rey?
GIRAL. Sigue mis pasos.
Qué hay por acá? Están conformes
todos?
BELT. Que no lo estuvieran!
GIRAL. A juzgar por los clamores
se alegran de vernos.
BELT. Mucho!
es que se ha batido el cobre.
Buenos maravedís cuestan
ese calor y esas voces.
GIRAL. De veras?
BELT. Y sobre todo
ciertos pellejos de aloque...
GIRAL. Aquí está su alteza. Calla.

ESCENA XI.

DICHOS, y DON ALFONSO seguido de algunos caballeros aragoneses.

ALFON. Beltran!
BELT. Señor?
ALFON. Qué responde
el hombre á quien te he enviado?
BELT. Lo dudais? Que es vuestro el hombre.
De otro modo ya podia
contarse por muerto.
ALFON. Dónde
está, que no me recibe,
mi excelsa y régia consorte?

dí, Beltran?

BELT. En la capilla
rezando sus oraciones
por los que ayer sucumbieron.

ALFON. (Es decir, por los del conde;
pero llegó mi paciencia
á su fin.) Giraldo Ponce?

GIRAL. Señor?

ALFON. Por hoy no hay descanso
para tí: á marchar disponte
á Castellar.

GIRAL. Yo estoy siempre
á punto.

ALFON. Lo sé, vizconde.
Tengo una mision diabólica
que confiarte.

GIRAL. Está en el órden...
Giraldo el diablo me llaman.

BELT. (Y bien mereces el mote.)

ESCENA XII.

DICHOS y DON MENDO, y otros caballeros castellanos.

MENDO. Gran rey!

ALFON. Oh! mis caballeros
de Castilla! Entrad, señores.

MENDO. Permitid que á vuestras plantas...

ALFON. Alzad! Qué hay por nuestra córte?

MENDO. Donde quiera el regocijo
á la nueva corresponde
de que hayais hecho justicia
de bastardas ambiciones.

ALFON. Y vosotros, sobre todo...

MENDO. En esto los rico-hombres
é hidalgos, son los primeros.

ALFON. Es justo que galardone
vuestra lealtad.

MENDO. Ah, señor!
(Se inclina, y con él los demás caballeros.)
no penseis...

ALFON. A vos, D. Lope,
(A un caballero que se inclina respetuosamente.)
os doy la villa de Castro.

CABAL. Gran monarca!... (Un lugarote.)
Gracias.

ALFON. Para vos, don Mendo,
las de Ucero y Villangomez.

CAB. 1.° Habrá mayor injusticia! (Ap. al caballero 2.°)

CAB. 2.° Siempre los aduladores...

CAB. 1.° Para vos y para mí
no habrá...

ALFON. Castil de Peones
es para vos, D. Rui-Dávalos. (Al caballero 2.°)

CAB. 2.° Gracias, señor! (Tiene un monte!...)

MENDO. Sois espléndido!

CAB. 2.° Sois grande.

ALFON. Mis deseos son mayores.
El orbe entero daria
si fuera dueño del órbe.

MENDO. Si en nosotros consistiera...

ALFON. Todas estas donaciones,
ya lo sabeis, pertenecen
de doña Urraca á la dote.

MENDO. Así es verdad.

ALFON. Mas ya haremos
porque en esto se conforme
la reina.

BELT. Pues ya que estais
con tales disposiciones;
no ha llegado la ocasion
de que mi esperanza logre?

ALFON. Qué quieres?
BELT. Ser caballero.
ALFON. Caballero!
BELT. Aunque sea pobre.
ALFON. Por qué méritos?
BELT. No es nada!
Señor, yo maté á don Gomez.
ALFON. Un ciento hay que se disputan
ese honor.
BELT. Mio fué el golpe,
y se lo defiendo al mundo.
ALFON. Pues dime, en qué lo conoces?
BELT. En qué lo he de conocer?
en que todos esos hombres
sabrán tirar una flecha,
pero sin saber adónde.
Pues no habeis visto que el hierro
pasó por junto á un esgonce
de la gola, atravesando
desde la nuez al cogote?
Pues solamente Beltran
sabe hacer estos primores.
ALFON. Tus méritos reconozco.
MENDO. Mas no de todos los robles
se hacen santos.
BELTR. Eso es cierto,
sí; pero á lo menos conste
que yo soy de la madera
de que se labran los nobles.
ALFON. Lo serás si á tu ambicion
tus hazañas corresponden.
Entretanto, espera.
BELTR. Espero,
señor; pero al fin y al postre
vais á ver que el mejor dia
ó me parten de un mandoble,

ó me atraviesa una pica,
ó se me atora un bodoque,
y me entierran tan plebeyo
como mis progenitores.

ALFON. Distínguete, que á mi lado
no han de faltarte ocasiones.
La guarda de mi persona
tienes.

BELTR. No hay miedo que os toque
el aire sin mi permiso;
antes perderé mi nombre.

ESCENA XIII.

DICHOS, DOÑA URRACA y algunos caballeros y damas.

ALFON. La reina! (Adelantándose hácia ella.)

URRAC. Seais bien venido,
señor.

ALFON. No espere mayores (Con afectada galanteria.)
dichas, ni mayor contento,
quien tales palabras oye.
Por llegar á vuestros ojos
las jornadas he hecho dobles,
que no he descansado el dia
y he caminado la noche.

URRAC. Sí?

ALFON. Lento me ha parecido
de mi caballo el galope.
Decid; y en tanto que yo
castigaba á los traidores;
qué habeis hecho? Habré tenido
parte en vuestras oraciones?

URRAC. Ah, señor! De un moribundo,
Castilla tiene por nombre,
presenciaba la agonia

contando sus pulsaciones.
Todos son nuestros vasallos.

ALFON. En eso estamos acordes,
y nadie como yo siente...

URRAC. Mucho?

ALFON. Mis nobles varones,
tiempo es de que descanseis.
Giraldo?

GIRAL. Señor?

ALFON. Escoge (Aparte á Giraldo.)
cien hombres.

GIRAL. Y serán buenos.

ALFON. Luego te daré mis órdenes.

(Un momento antes han empezado á salir de la escena tanto los caballeros como las damas, de modo que solo queden en ella doña Urraca y don Alfonso.)

ESCENA XIV.

DOÑA URRACA, DON ALFONSO.

ALFON. Dijérase que enojada
estais con vuestro marido:
es cierto?

URRAC. No tengo nada,
señor.

ALFON. Aun no he conseguido
el favor de una mirada.

URRAC. Yo...

ALFON. Ni que me deis tampoco
el parabien.

URRAC. O estais loco,
ó es que os ciega vuestra gloria.

ALFON. Será así; pero qué poco
os alegra mi victoria!
Nada vuestra fama es

ni mi honor de caballero,
que pusieron á sus piés?..

URRAC. Dejad que llore primero:
ya me enojaré despues.
Cómo ha de darme alegría (Con energia.)
victoria que sembró impía
la asolacion en mi tierra?
He de celebrar la guerra
que aflige á la pátria mia?
Yo daros el parabien!

ALFON. Talaré con mis caballos
vuestra Castilla! haceis bien:
llorad por vuestros vasallos.

URRAC. Y por los vuestros tambien.
Víctimas de injusta saña
en una y otra campaña,
lloran vuestros desvaríos
todos los hijos de España;
los vuestros, como los mios.
Discordia reina entre hermanos;
sangre corre entre cristianos,
que de su ley en desdoro
tienen atadas las manos
contra las iras del moro.
Y el Africa nos azota
lanzándonos sus falanges
desde su orilla remota,
y en nuestros cuellos embota
el corte de sus alfanges.
Las luchas le dan placer,
que amenguan nuestro poder.

ALFON. Mal hace si se alboroza,
que muy pronto pienso ver
los muros de Zaragoza.
Pero antes es mi nobleza,
señora, y por eso vengo.

Hoy mi desagravio empieza.
URRAC. Hablad.
ALFON. De soldado tengo
como el valor, la franqueza.
URRAC. No sé...
ALFON. La mano de Dios
hirió al conde en desagravio
de vuestro esposo... y de vos.
URRAC. Mio?
ALFON. Cerrado está el labio
que nos afrentó á los dos.
URRAC. Ya ha muerto: yo le perdono.
ALFON. Yo no: se atrevió á mi fama
que en más estimo que el trono.
URRAC. Pensais... (Con altivez.)
ALFON. De honrado blasono.
URRAC. Y yo soy reina y soy dama.
ALFON. Vuestro ódio, esta es la verdad,
el brazo del conde armó,
y al mismo tiempo animó
su amor, ó su vanidad.
URRAC. Eso no, Alfonso, eso no!
Y mirad que hablais conmigo.
Quién ha dicho?..
ALFON. Yo lo digo;
yo el primero.
URRAC. Un caballero!
ALFON. Y vuestra córte conmigo.
URRAC. Pues miente, y vos el primero.
ALFON. Miento?
URRAC. Me habeis calumniado,
sí! porque ó no sois honrado,
ó á tener eso por cierto,
me hubiérais ya repudiado
cuando no me hubiérais muerto.
ALFON. Verdad; y ese es mi deber:

ahogar en sangre mi afrenta. (Con tono amenazador)

URRAC. Osais contra una mujer...

ALFON. A todo me atrevo.

URRAC. Cuenta
con lo que intentais hacer.
Y no finjais más enojos,
que no se oculta á mis ojos
que no es ódio ni cariño:
quereis destronar á un niño
y apropiaros sus despojos.

ALFON. Cuidado, os digo yo ahora!
Qué habeis dicho? (Con ira.)

URRAC. La verdad.

ALFON. Ah! Sois mujer! (Conteniéndose.)

URRAC. En mal hora!
pero mujer que no implora
compasion ni caridad.

ALFON. Me espanta vuestra osadía.
Es que olvidais que sois mia?

URRAC. De eso mis desdichas todas
nacen: en infando dia
concertamos nuestras bodas!
Apenas habia guardado
el sepulcro los despojos
de mi esposo malogrado;
cuando aun no se habian secado
las lágrimas en mis ojos,
ya lo sabeis; con violencia,
mirando á la conveniencia
del reino, acepté esta union
que repugna á mi conciencia
aún más que á mi corazon.

ALFON. Es cierto; en su ódio persiste
vuestro pecho: de otro modo
fuera esta union menos triste.

URRAC. Sí, Alfonso; pero no todo

en mi desamor consiste.
Cuándo para mí habeis sido
tierno, ni aun cortés marido?

ALFON. Siempre calzadas las grebas,
siempre lidiando...

URRAC. Qué pruebas
de amor os he merecido?

ALFON. La gloria es mi solo amor
y por ella no reposa
un instante mi valor.
Esta es la dama y la esposa
de Alfonso el Batallador.

URRAC. Por qué extrañais, siendo así,
que vuestra esposa no os ame?

ALFON. Yo nunca amor la pedí:
lo que quiero es que no infame...

URRAC. Callad! callad! Ay de mí!
La misma muerte me fuera
menos amarga.

ALFON. Esa os diera
el plebeyo mas intonso
que en mi lugar estuviera.

URRAC. Mas vos no lo hareis, Alfonso.

ALFON. No?

URRAC. Tan piadoso no os creo.
Qué triste será mi suerte,
que no tengo otro deseo!

ALFON. Pues bien! Si quereis la muerte...

(Fuera de si pone mano á la daga dando algunos pasos hácia doña Urraca. En este momento aparece Sancha por la izquierda.)

ESCENA XV.

DICHOS y SANCHA.

SANCH. Jesús! Jesús! Lo que veo!
ALFON. Eh! Qué es eso?
SANCH. Qué ha de ser?
una infamia! que un villano
ha levantado la mano
contra una pobre mujer.
URRAC. (Gran Dios!)
SANCH. Pero un grito mio
á su desman puso coto.
ALFON. Y dónde fué eso?
SANCH. En el soto,
junto á la orilla del rio.
URRAC. Calla! (Ap. á Sancha.)
SANCH. Desde ese balcon
lo he visto. Hay tal desafuero?
Y vos que sois caballero,
sufrireis tan mala accion?
ALFON. No: dices bien.
SANCH. Me parece
que si alguna pena está
justificada...
ALFON. Tendrá
el castigo que merece.
SANCH. Eso espero.
URRAC. Te prohibo... (Ap. á Sancha.)
ALFON. Ya verás. (Con intencion.)
SANCH. No hagais merced.
ALFON. Yo te lo prometo.
(Dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
SANCH. Haced
que lo descuarticen vivo.

ESCENA XVI.

DOÑA URRACA, SANCHA.

URRAC. Imprudente! No conoces
la peligrosa violencia
de su carácter?
SANCH. Señora;
qué quereis que me suceda?
URRAC. Todo lo temo.
SANCH. Yo nada.
Podrá arrancarme la lengua;
quitarme la vida; pero
la verdad dicha se queda.
URRAC. Sin embargo...
SANCH. Y que no puedo
remediarlo! Se rebela
contra infamia semejante
toda mi naturaleza.
URRAC. Calla! Que no te oiga!
SANCH. Dios
ha dado al hombre la fuerza
para oprimir á los débiles,
ó para que los proteja?
Y no lo digo por mí,
que educada en la aspereza
de mis montañas, no pido
á nadie que me defienda.
Sola atravieso los bosques
y sola subo á la sierra,
y á nado cruzo los rios
y hasta hago frente á las fieras.
Pero, vos! vos!
URRAC. Si le pido
la muerte á Dios!

SANCH. Qué blasfemia!
sois madre y quereis morir!
No habrá mujer que lo crea.
URRAC. Dices bien.
SANCH. Cómo es posible
que las entrañas no os tiemblan!
URRAC. Sí, yo debo proteger,
quién sabe si la existencia
de mi hijo.
SANCH. Qué? qué habeis dicho?
URRAC. Silencio!
SANCH. Qué horrible idea!
Don Alfonso de Aragon,
aparte de su soberbia,
es un gran príncipe.
URRAC. Grande,
más que en la paz en la guerra;
pero es ambicioso.
SANCH. Es cierto.
URRAC. Si un obstáculo cualquiera
al cumplimiento se opone
de alguna atrevida empresa;
si ese obstáculo es un niño...
SANCH. Jesús! nunca lo creyera!
Y su fama? y su renombre?
URRAC. Eso, si se considera
crímen, la historia lo calla,
ó lo disculpa ó lo niega.
SANCH. Quién os ha dicho?...
URRAC. El instinto
maternal que nunca yerra.
SANCH. Pues, bien: desde hoy dos mujeres
forman alianza estrecha.
URRAC. Sí, Sancha!
SANCH. Y si es necesario
morirán en su defensa.

Ya de vos no me separo;
Imposible! aunque supiera...

ESCENA XVII.

DICHAS, GIRALDO y algunos soldados aragoneses.

URRAC. Qué es esto? soldados?
SANCH. Sí.
Cómo á entrar os atreveis?...
que está su Alteza no veis?
GIRAL. Señora!
URRAC. Salid de aqui.
SANCH. Y al momento, vive Dios!
GIRAL. Perdonad; mas soy soldado...
URRAC. Qué atrevimiento!
GIRAL. Y mandado:
no puedo salir sin vos. (A doña Urraca.)
URRAC. Sancha!
GIRAL. Os debo acompañar,
lejos de aquí, y al instante.
URRAC. Sola yo?...
GIRAL. Con el infante.

(Las dos mujeres se dirigen miradas de inteligencia.)

URRAC. Pero adónde?
GIRAL. A Castellar.
URRAC. A Castellar! (El mismo juego.)
SANCH. A Aragon!
URRAC. Se atreverá á tanto exceso
mi noble esposo? Pero eso
tiene trazas de prision.
Resistiré.
GIRAL. Intentos vanos!
URRAC. Qué infamia! pero aquí están
y no lo consentirán

mis hidalgos castellanos.
(Viéndolos venir por la puerta del fondo.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON MENDO y caballeros castellanos.

URRAC. Lope, Rui-Dávalos, Mendo,
mi dignidad se rebela
y es tiempo ya de que os duela
el baldon que estoy sufriendo.
Ea; mis nobles! resistid!
rebelaos contra esta infame
violencia! que no se os llame
indignos hijos del Cid.
No sufrais tanta mancilla! (Pausa.)
Pero esta gente qué espera?
Oís? estoy prisionera,
y prisionera en Castilla:
en la tierra en que han nacido
nuestros padres; lo entendeis?
Callan! callan! (Pausa.)
SANCH. Ya lo veis.
URRAC. Es que no lo han entendido,
ó es que ya ni aun compadecen
mis penas?
SANCH. Voto á mi nombre!
no es eso! es que no hay un hombre
donde tantos lo parecen.
URRAC. Sancha!
SANCH. Ya en nada reparo.
MENDO. Y yo consentir no puedo
que diga...
SANCH. Que teneis miedo?
pues he de decirlo y claro.
MENDO. El respeto nos domina.

SANCH. Ya sé que sois muy prudentes.
URRAC. Calla, Sancha.
SANCH. Los valientes
cayeron en Candespina.
URRAC. Basta! (Con entereza.)
MENDO. No nos hacen mella
esas palabras, señora. (A doña Urraca.)
URRAC. Bien se ve, Mendo, que ahora
está eclipsada mi estrella.
MENDO. Esa prision será blanda,
é importa á vuestro reposo:
además, es vuestro esposo
y señor el que lo manda;
y nadie puede romper
si algo en el mundo respeta,
el vínculo que sujeta
al marido la mujer.
SANCH. Sobre todo si el marido
es dadivoso.
MENDO. Has pensado?...
URRAC. Vosotros me habeis casado;
vosotros me habeis vendido.
MENDO. Vendido!
URRAC. Y basta de ruego.
Giraldo, á Castellar voy.
Vuestra prisionera soy
pues que importa á mi sosiego. (Con ironía.)
Mas para que no se diga
que humillé nunca mi frente,
no permitais que esa gente
(Señalando á los castellanos.)
me acompañe, ni aun me siga.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
MENDO. Es nuestro deber... (Queriendo seguirla.)
URRAC. Atrás!
(Deteniéndole con un ademan altivo.)

lo mando.

MENDO. Como querais.

URRAC. Y así será; no volvais
á mi presencia jamás.
Quedaos, varones... sesudos;
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
mas si aquí llego á volver,
á mi verdugo he de hacer
que rompa vuestros escudos.
Oh! tambien á mi hijo venden!
Ves si con razon me aflijo?
(A Sancha al llegar á la puerta del fondo.)

SANCH. No importa: tiene ese hijo
dos madres que lo defienden.

(Váse doña Urraca apoyada en el brazo de Sancha; los caballeros castellanos quedan confusos y avergonzados.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el castillo de Castellar. Puerta al fondo y á la derecha del actor; á la izquierda balcon, y en el mismo lado, en último término, y dando frente al público, puerta que comunica con una escalera.

ESCENA PRIMERA.

GIRALDO y BELTRAN que vienen por la puerta de la izquierda.

GIRAL. Lleno de curiosidad
me tienes.
BELTR. Pero qué fué?
GIRAL. Una cosa peregrina.
No acierto quién pueda ser...
Estando en la opuesta márgen
del rio, solo y á pié,
se me acercó un pobre mozo,
sin malicia al parecer.
Venia en un caballejo
que enseñaba tras la piel
los huesos: era una flecha...
como lo probó despues.
Pasó á mi lado el mancebo,

afirmóse en el borrén,
me arrojó este pergamino,
picó y escapó á correr.

BELTR. Singular es la aventura!

GIRAL. Y hay que averiguar quién es...

BELTR. El mancebo?

GIRAL. Y quien lo envia.

BELTR. Alguna dama tal vez.

GIRAL. Dama á mí? qué disparate!
por qué no ha de ser cartel
de desafio?

BELTR. (Es verdad:
dudo yo que haya mujer...)
Pero en fin, el pergamino
qué dice?

GIRAL. Pues yo qué sé?

BELTR. Pronto vamos á saberlo.
(Viendo venir á Garcés por el fondo.)

GIRAL. Cómo?

BELTR. Aquí viene Garcés.
Este, como que ha estudiado,
tal vez sepa...

GIRAL. Dices bien.

ESCENA II.

DICHOS y GARCÉS, que sale en este momento por la puerta del fondo.

GIRAL. Garcés, sabes descifrar
letras?

GARC. Pues no he de saber?
qué pregunta! si es mi oficio.

GIRAL. (A Beltran.) Oficio lo llama. Lee,
(A Garcés, dándole el pergamino.)
y díme qué significa...

GARC. (Hola! qué es esto!) Atended.
GIRAL. Ya oigo.
GARC. (Leyendo.) *Paschalis episcopus...*
GIRAL. Qué?
GARC. *Servus servorum Dei...*
BELTR. Bah! (Escandalizado y mirando con ira á Garcés.)
GARC. *Venerabili fratri...*
GIRAL. Te estás burlando?
GARC. Por qué?
Esto es latin.
GIRAL. Dí, menguado,
has visto tú alguna vez
nobles que sepan latin?
GARC. Nobles? y reyes tambien.
BELTR. No habrán sido muy guerreros.
GIRAL. El que á estas artes se dé,
en lugar de cetro, rueca
debe en sus manos tener.
Si me hubieran enseñado
tales simplezas, á fé
de hidalgo, que me borraba
el nombre de aragonés.
GARC. Conque no sabeis latin!
GIRAL. Quién? yo latin! ni leer,
que ese es oficio de siervos
y gentes de ese jaez.
GARC. (Eso... siempre tan amable!)
GIRAL. Lo que un noble ha de aprender,
es á dar en los combates
mandoble, tajo ó revés.
BELTR. Y á hacer una lanza astillas.
GIRAL. Y á sujetar un corcel.
GARC. No digo que no.
BELTR. Pudieras
dudarlo!
GIRAL. Este es su deber.

BELTR. Y no morir acostado
si puede morir de pié.
GIRAL. Cierto! y mirando á la cara
al contrario. He dicho bien?
GARC. Como un libro habeis hablado.
GIRAL. Y dale con que ha de ser!
Mejor que un libro.
GARC. Mejor.
GIRAL. Sí, mejor, porque esto es
verdad.
GARC. Y esotro?
GIRAL. Son trampas
y embelecos de Luzbel.
GARC. Pues traducido en romance...
GIRAL. Ya no lo quiero saber. (Quitándole el pergamino.)
GARC. (Ni yo te lo hubiera dicho,
ignorante!)
BELTR. Aquí está el rey.

ESCENA III.

DICHOS y DON ALFONSO por la derecha.

GIRAL. Señor!
ALFON. Aquí estábais?
GIRAL. Hoy
no os hemos visto.
ALFON. Y es tarde
tal vez.
BELTR. Señor, Dios os guarde.
ALFON. De otro modo, mal estoy.
BELTR. (Qué dice?)
ALFON. Bravo guardian
tengo!
GIRAL. Merece castigo?
pues súfralo.

BELTR. Habla conmigo
esa queja?
ALFON. Sí, Beltran:
contigo.
BELTR. Pues juro á Dios
que si al deber he faltado
no me lo perdono. Ha osado
llegar alguno hasta vos?
ALFON. Nadie; pero yo he salido
esta noche.
BELTR. No sé cómo...
ALFON. Tienes el sueño de plomo.
BELTR. Es posible! yo dormido!
GIRAL. Cosa mas particular! (Con ironía.)
BELTR. Quién dijera...
ALFON. No es reproche.
GIRAL. Pero en fin...
ALFON. Toda la noche
la he pasado en el lugar.
BELTR. Sólo?
ALFON. Importaba el secreto.
GARC. Qué temeridad!
GIRAL. No veis?...
ALFON. Qué he de ver?
GIRAL. Que os exponeis
á que os falten al respeto?
ALFON. Quién se ha de atrever?.. (Con altivez.)
GIRAL. Señor,
hay traidores.
BELTR. Qué imprudencia!
ALFON. He hecho venir de Florencia
un sabio adivinador.
GIRAL. Con los sabios tratais! (Admirado.)
ALFON. Sí.
GIRAL. Vuestros caprichos son leyes;
mas no opino que es de reyes

andar con gentes... asi.
Yo...

ALFON. Sin razon te querellas.
No le hagas tamaño agravio.

GIRAL. No es un sabio?

ALFON. Pero un sabio
que hace hablar á las estrellas.

GIRAL. Y ese? (Señalando á Garcés.)

ALFON. Tambien su virtud
tiene.

GIRAL. Dejad que me asombre.
Para qué sirve tal hombre?

ALFON. Pues no estimas tu salud?

GIRAL. Andamos lejos los dos
uno de otro: yo estoy firme,
y sé que no he de morirme
hasta que lo mande Dios.
No me probarán jamás
que esa ciencia es de valía.
En cuanto á la astrología,
eso se comprende más.

ALFON. Calla! Calla!

GIRAL. En fin, no insisto,
que fuera poco respeto.

ALFON. Lo que es aquel, te prometo...

GIRAL. Qué ha visto ese sábio?

ALFON. Ha visto,
y jura que no se engaña,
que en un dia no lejano
ha de estar en una mano
el cetro de toda España.

GIRAL. Ocurrencia singular!

ALFON. Piensas mal?...

GIRAL. Ni bien tampoco:
para ver eso, muy poco
necesita adivinar.

ALFON. Con figuras lo demuestra.
GIRAL. Todo eso es farsa; oropel.
Señor, yo he visto más que él.
ALFON. Y es?
GIRAL. Que esa mano es la vuestra.
ALFON. Te habrás vuelto adulador?
GIRAL. No, mi rey.
ALFON. Sin duda alguna.
GIRAL. Es que creo en la fortuna
de Alfonso el Batallador.
ALFON. No digas más.
GIRAL. Y os advierto
que será pronto.
ALFON. Y te escucho!
la fortuna puede mucho;
pero...
GARC. Hay que ayudarla. (Rápidamente ap. al rey.)
ALFON. Es cierto. (Lo mismo.)
BELTR. Bueno fuera...
ALFON. Oh! Si algun dia,
como presumo y deseo,
de Calpe hasta el Pirineo
se forma una monarquía;
á dónde no alcanzará
su fuerte y robusto brazo?
Unid en estrecho lazo
como lo presienten ya,
al bravo astur que la cruz
sostuvo con noble empeño,
y al varonil estremeño
con el inquieto andaluz,
y con Castilla y Leon,
de su heróica historia ufanas,
Mallorca y sus dos hermanas,
Cataluña y Aragon;
Múrcia la bella, y despues

del valenciano bizarro,
unid al fuerte navarro
con el audaz portugués,
y al gallego retador
aunad el vasco guerrero
que forja y templa el acero
con que ilustra su valor,

GIRAL. Ah, señor! Si esa esperanza
ha de realizarse un dia!...

GARC. Ya veis qué gran monarquía!

BELTR. Digna de tan fuerte lanza.

ALFON. El rey que tenga la gloria
de poseer tal imperio;
quien mande en el pueblo iberio,
hará esclava á la victoria.
Dijérase que esta tierra
tan noble y privilegiada,
fué por su Hacedor creada
para escuela de la guerra;
porque sus hijos feroces
prefieren, como soldados,
las lanzas á los arados,
las cuchillas á las hoces.
Cada monte, cada cerro
es centinela que arredra,
con el arnés todo piedra
y el corazon todo hierro.
Para los robustos pinos
que dan sus bosques frondosos,
tiene mares procelosos
escuela de sus marinos.
Y tiene, por fin, el sol,
que al par que fecunda y rica,
la hace grande, y vivifica
el espíritu español.

GIRAL. No hay otro tan arrogante.

ALFON. Será ilusion mentirosa?..
Pero hablemos de otra cosa:
Garcés; cómo está el infante?
A ese que es ciego, hazle ver
tu ciencia y que la celebre.
GARC. Volvió á aparecer la fiebre...
GIRAL. No lo digo?
GARC. Desde ayer.
Delicada es su salud.
GIRAL. Bah!
ALFON. Qué me dice tu cara?
responde.
GARC. Señor!...
ALFON. Jurara
que noto cierta inquietud.
Tienes que hablarme? (Aparte á Garcés.)
GARC. En efecto...
ALFON. Ahora mismo?
GARC. Es cosa urgente.
ALFON. Salid. (A Giraldo y Beltran.)
GIRAL. Que prive esa gente (Aparte á Beltran.)
con él!
BELTR. No hay nadie perfecto.

ESCENA IV.

DON ALFONSO y GARCÉS.

ALFON. Qué sucede?
GARC. Que la córte
de Roma, al fin descubrió
su mala voluntad.
ALFON. Cómo?
GARC. Se declara contra vos.
En mis manos he tenido
la prueba.

ALFON. Ese es el temor?
GARC. Una carta al arzobispo
de Toledo.
ALFON. En qué ocasion!
Y quién la tiene?
GARC. Giraldo.
ALFON. Un vasallo! y la leyó?
GARC. Leer! (Con sonrisa irónica.)
ALFON. Es verdad.
GARC. La carta
declara hasta con rigor,
á causa del parentesco,
ilícita vuestra union.
ALFON. Bien; pero aun no la declara
nula.
GARC. No; todavia no:
manda, sí, que os separeis
so pena de excomunion.
ALFON. Hay tiempo aún.
GARC. Sin embargo,
puede correr esa voz,
y sabido entre los nobles
de Castilla y de Aragon...
ALFON. Dices bien: apresurémonos.
GARC. Qué hay que hacer?
ALFON. Cómo? (Con altivez.)
GARC. Señor!...
ALFON. Tú eres el que has de entenderlo
sin que te lo diga yo.
GARC. Pues un consejo he de daros.
ALFON. Y cuál es?
GARC. La habitacion
de la reina...
ALFON. No es segura?
GARC. Como está en el interior
del castillo, vuestra gente

oye, ve...

ALFON. Tienes razon.

GARC. Conviene para mi objeto
y sobre todo por vos,
que evitemos cuanto pueda
interpretarse rencor.

ALFON. Y dónde?...

GARC. En otra morada
que no parezca prision,
y al mismo tiempo...

ALFON. Entendido.

GARC. Y por aquel corredor
no puede sacarse...

ALFON. Basta.

GARC. Esa puerta? (Señalando á la de la izquierda.)

ALFON. Es un balcon.

GARC. Y esta otra? (Señalando á la inmediata.)

ALFON. Da á una escalera
estrecha, de caracol,
que conduce al rio.

GARC. Bueno! (Satisfecho.)

ALFON. Si aquí estuvieran las dos...

GARC. Y esa puerta está corriente?

ALFON. Esta noche la abrí yo
y aun está puesta la llave.

GARC. Qué imprudente es el valor!

ALFON. Bajarás luego á quitarla,
y para más precaucion
mandaré que un centinela
pongan.

GARC. Será lo mejor:
y si poneis más, creedme,
no estarán de sobra.

ALFON. Son
muy débiles enemigos.

GARC. Débiles? Sancha es atroz.

ALFON. Mañana saldrá de aquí.
GARC. Sí; que se vuelva á Leon.
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA V.

DICHOS y SANCHA, levantando el tapiz del fondo.

SANCH. (Mi marido con el rey!)
ALFON. Se hará.
SANCH. (Y parecen los dos...)
ALFON. Sírveme y harás tu suerte.
Ten. (Dándole un bolsillo.)
GARC. Pero...
ALFON. A un lado el rubor.
GARC. A mí me basta...
ALFON. Esta es
pequeña demostracion
de gratitud.
SANCH. (No los oigo.)
GARC. Gracias, señor! Vuestro soy.
(Sancha sale en este momento.)
Pero quién se atreve?... Sancha!
(Ocultando precipitadamente el bolsillo.)
SANCH. (Jurara que se turbó.)
ALFON. Cómo has entrado hasta aquí?
A quién buscabas?
SANCH. A vos.
ALFON. Temeridad me parece.
Qué traes?
SANCH. Una peticion.
ALFON. De la reina?
SANCH. No, que es mia.
ALFON. Qué pretendes?
SANCH. Un favor.
ALFON. Dí.

SANCH. La morada en que está
el infante, no es mansion
digna de un príncipe.

ALFON. Acaso
descontento...

SANCH. Recayó
esta mañana.

ALFON. Y qué quieres?

SANCH. En aquel vasto salon
no hay sol, y para los niños
es tan necesario el sol!

ALFON. Ya ves. (Ap. á Garcés.)

GARC. Ellas mismas...

ALFON. Baja
por esa llave, y dispon
que traigan aquí á la reina
y al niño.

GARC. Al instante voy. (Váse por la escalera.)

ALFON. A todos nos interesa
su salud.

SANCH. Si á todos no,
hay una madre, y con ella
que calle todo otro amor.
No lo digo porque dude...
pero en fin...

ALFON. Tienes razon:
aunque no es la mensajera
de mi agrado...

SANCH. Por qué no?
Pues hay mujer más sencilla
ni más humilde que yo?
Vaya!

ALFON. Que me place verte
humilde.

SANCH. Os pido perdon...
Yo soy una montañesa

así... á la buena de Dios,
y digo unas cosas... pero
con la más sana intencion.

ALFON. Pues bien; está concedido.

SANCH. Sí? (Queriendo disimular su alegría.)

ALFON. Sí.

SANCH. (Nada sospechó.)

ALFON. La llave... (Ap. á Garcés, que viene de la escalera.)

GARC. Aquí está.

ALFON. Vendrán
luego aquí. (A Sancha.)

SANCH. Gracias.

ALFON. Desde hoy
esta será su morada.

SANCH. Dios os premie... (La intencion.)

(Vánse el rey y Garcés.)

ESCENA VI.

SANCHA, sola.

Que no sé cuál es! Habrá
que estar desde hoy más alerta?
Ahora, veamos... esta puerta;
á dónde conducirá?
Un balcon! El horizonte
se ensancha! Sin duda alguna!...
Empieza á salir la luna;
allí está el rio; allí el monte.
Me da miedo esta bondad
en el rey! Ahora lo veo!
ha accedido á mi deseo
con mucha facilidad. (Pausa.)
Y en último resultado,
puesto que no sea capricho;
no es siempre dueño?.. Lo dicho:

viviré con más cuidado.
Siempre se gana: ademas
de la fé que alienta y salva,
pobre niño! aquí del alba
la risueña luz verás.
Si el sol, si el puro arrebol
de ese cielo te enamora,
mañana verás la aurora;
mañana verás el sol.
Y no importa que sus galas
no vista la primavera.
Dad al ave prisionera
aire en que tender sus alas,
y al bajel, la vela en cruz,
del mar la anchurosa via.
Para los niños, el dia
es aire, y es mar y es luz.

ESCENA VII.

SANCHA, DOÑA URRACA por la puerta del fondo.

SANCH. Queda tranquilo?...
URRAC. Y dormido.
No me esplicarás ahora
por qué razon?...
SANCH. Sí, señora.
URRAC. Pedimos...
SANCH. Yo lo he pedido;
pero la necesidad...
Y ahora que en la cumbre estoy
de mis esperanzas, voy
á deciros la verdad.
URRAC. Habla: ya lo deseaba.
SANCH. Tengamos primero cuenta...
(Se dirige al fondo, levanta el tapiz, se asoma á la puerta de la derecha, y vuelve al lado de la reina, á quien dice en voz baja.)

Hay quien sacarnos intenta
de aquí.

URRAC. Es el conde de Trava?

SANCH. No lo adivinais.

URRAC. Pues quién
si nó?...

SANCH. Gentes de mi villa,
ahora libre. Os maravilla?
Nunca es perdido hacer bien.
Escogieron los mas bravos,
y andando á la desbandada...

URRAC. Qué valor!

SANCH. No espereis nada
de ambiciosos ni de esclavos.
Hoy he recibido un fiel
aviso, y no será en balde.

URRAC. Y son muchos?

SANCH. El alcalde
y los vecinos con él.
Dios nos dará la ocasion...

URRAC. Estás contenta?

SANCH. Y ufana.
Al alba estarán mañana
enfrente de ese balcon.

URRAC. Bien, sí; pero el muro es alto.

SANCH. Invencible, hablando en plata;
pero como no se trata
de tomarlo por asalto...

URRAC. No?

SANCH. Quién pretende rendir
de ese modo á Castellar?
Mas no se trata de entrar;
lo que se quiere es salir.
Y no perderé momento;
descuidad: nos vá una vida
preciosa.

URRAC. ¡Oh, sí!
SANCH. La avenida
del Valvona es lo que siento.
URRAC. La avenida?
SANCH. Ese es el mal.
Como yo todo lo espío,
ví ayer que llevaba el rio
inusitado caudal.
Crecido de veras iba;
pero me han asegurado...
URRAC. Que hay un puente?...
SANCH. Que hay un vado,
allá, la márgen arriba.
La gente estará dispuesta
y espera el primer aviso.
URRAC. Y qué hay que hacer?
SANCH. Es preciso
llegar á la orilla opuesta.
URRAC. Si pudiéramos lograr
poner á mi hijo en sus brazos...
SANCH. Antes los harán pedazos
que dejárselo quitar.
URRAC. Pobre gente! y los traidores
que ensalcé... No te enterneces
de gratitud?
SANCH. Qué! si á veces
los pobres son los mejores!
Ya lo sabeis: el dolor
maduró vuestra experiencia.
URRAC. Y el reinar es fácil ciencia
si se funda en el amor.
(Volviéndose hácia la puerta del fondo.)
Sí, hijo mio! no hay dos modos
de cumplir con esta ley:
no es ni puede ser buen rey
el que no es padre de todos.

SANCH. Y en unos, nunca el cariño
pasa al respeto la valla,
mientras que los otros...
URRAC. (Aplicando el oido.) Calla.
SANCH. Qué es eso?
URRAC. Lloraba el niño?
SANCH. No.—Y hay que hacerles justicia:
si encontrais tanto traidor,
no es que les falte valor;
es que les sobra codicia.
URRAC. Sí; pero aun hay quien responde
al deber en que ha nacido.
SANCH. Quién?
URRAC. Los que han sobrevivido
á la derrota del conde.
SANCH. Cierto.
URRAC. Por eso con fé
contra mi destino lucho.
SANCH. Teneis razon: no hace mucho
una escena presencié
que os probará esa verdad.
Fué en cas del conde Donato.
Yo, aunque soy pobre, me trato
con gentes de calidad.
El viejo, con la aprension
de enfermedades prolijas
quiso casar sus dos hijas
con dos nobles de Leon,
bravos hidalgos, segun
despues...
URRAC. Chit! Calla!
SANCH. Señora;
qué es?
URRAC. Llora el niño?
SANCH. No llora.
URRAC. Sigue.

SANCH. Lo estoy viendo aún.
Era una tarde de Enero;
se oia el viento bramar,
y en el anchuroso hogar
chisporroteaba el tuero.
Aún veo al viejo, entre dientes
rezando con gran fervor,
las hijas en su labor
y los dos novios presentes,
y oigo del neblí zahareño
la voz destemplada y bronca,
y el lebrel que gruñe y ronca
entre los pies de su dueño.
De pronto, sus letanías
por un momento dejando,
exclamó el buen viejo: «Cuándo
es vuestra boda, hijas mias?»
«Nunca;» respondió la hermana
mayor, con voz breve y seca,
entretanto que en su rueca
hilaba el copo de lana.
«Y por qué esa terquedad,
rapaza?» contestó el padre,
«difunta ya vuestra madre,
y yo de tan larga edad?»
Y ella dijo con sencilla
expresion, mas con su idea:
«No casaré hasta que sea
independiente Castilla.
Entre tanto, no me dé
ninguno tan mal consejo.»
«Tarde será;» dijo el viejo.
«Pues tarde me casaré;»
dijo ella. «Si ya el valor
faltó con vuestra constancia;
si con la antigua arrogancia

se ha extinguido el patrio amor;
si os estimais ya vencidos
porque Aragon os aterra,
por qué no vais á esa tierra
á buscar nuestros maridos?»
Y añadió: «No son alardes
ni de la cólera extremos:
no, padre! Es que no queremos
tener hijos de cobardes.»

URRAC. Rara mujer!

SANCH. Peregrina!

URRAC. Y los mancebos, qué hicieron?

SANCH. Qué habian de hacer? perecieron
combatiendo en Candespina.

URRAC. Oh! Ya lo ves! Cómo quieres
que falten allí leones?
Siempre habrá nobles varones
donde haya tales mujeres.

SANCH. Verdad: quieren ser los amos,
pero es temerario afan:
siempre los hombres serán
lo que nosotras queramos.

URRAC. Sí, cuando tienen amor.
Pero, calla, Sancha: ahora
no tengo duda. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

SANCH. Qué?

URRAC. Llora!
llora! si estará peor.
(Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

SANCHA: inmediatamente despues, GARCÉS con una copa en la mano.

SANCH. Si el corazon adivina,
siento que el mio se ensancha

solo al pensar... Garcés?
(Viendole que se dirige á la puerta del fondo.)

GARC. Sancha!

SANCH. Qué llevas?

GARC. La medicina. (Turbado.)

SANCH. Y es?

GARC. Unas yerbas famosas.

SANCH. Yerbas? (Lo estoy sospechando.)
Qué yerbas son?

GARC. Desde cuándo
entiendes tú de esas cosas?

SANCH. Desde hoy. (Con intencion.)

GARC. (Podrá presumir!...)

SANCH. De qué mal talante vienes!

GARC. Yo? (Haciendo un esfuerzo por reirse.)

SANCH. No te rias, que tienes
pocas ganas de reir.

GARC. Qué adviertes?

SANCH. Ciertas reservas...
(Mirándole con fijeza.)

GARC. (Esa mirada me abisma.)

SANCH. Quiero probar por mí misma
la eficacia de esas yerbas.
(Va á coger la copa y él la aparta.)

GARC. Qué locura! pues no ves
que es peligroso...

SANCH. Es extraño!

GARC. Al sano puede hacer daño
lo que al enfermo...

SANCH. Garcés!
llevas impreso el delito...

GARC. Yo?

SANCH. Pues déjame que beba.

GARC. Aparta!
(Sancha ha ido á cojer la copa, pero se anticipa Garcés y arroja el contenido por el balcon. Despues coloca la copa sobre la mesa.)

SANCH. Qué mayor prueba
de tu maldad necesito?
GARC. Silencio!
SANCH. Serás capaz
de una infamia?
GARC. Te diré...
Pero oye, Sancha; por qué
quieres tanto á ese rapaz?
SANCH. Por qué, dices?
GARC. Por antojos.
SANCH. Si pudiera estar más clara...
Garcés! mírame á la cara:
no apartes de mí los ojos.
Responde: no guardas ley?
GARC. No puedo.
SANCH. Y en qué consiste;
dí?
GARC. Quién al poder resiste?...
Sabes tú lo que es el rey?
SANCH. Un tirano! me da horror!
GARC. Pues bien; no manches tus manos.
Que es tirano! los tiranos
son los que pagan mejor.
SANCH. Te has cansado por ventura
de ser pobre?
GARC. Sí, y con arte...
SANCH. Si creerás que no han de darte
de balde la sepultura?
GARC. Lo dicho: quiero ser rico,
no por mí, mas todo es poco...
SANCH. Por mí, sin duda.
GARC. Tampoco.
SANCH. Pues por quien?
GARC. Por mi Juanico.
SANCH. Y te atreves á nombrar
á tu hijo? no lo mereces.

GARC. Qué dices?

SANCH. Que el cielo á veces...

(Dirigiendo al cielo una mirada de reconvencion de que se arrepiente al momento y se persigna con rapidéz.)

Jesús! iba á blasfemar!

GARC. No te oigan...

SANCH. Cuando imagino
que pueden... no te da miedo?
señalarle con el dedo
como hijo de un asesino!

GARC. Callarás?

SANCH. No quiero, no,
que sufra tamaño ultraje;
y si es pobre, que trabaje
como he trabajado yo.
Antes que de tu maldad
el ejemplo le pervierta,
mendigue de puerta en puerta
el pan de la caridad.
Mas huiré de tí.

GARC. De mí!

SANCH. Vaya! como te lo digo.

GARC. De mí?

SANCH. Y me llevo conmigo
á mi Juan.

GARC. A mi hijo?

SANCH. Sí.

GARC. Mi vida, la mejor prenda
de mi alma!

SANCH. Sí, Garcés.

GARC. Pero...

SANCH. No quiero; lo oyes? no quiero
que tus lecciones aprenda.

GARC. Mas nadie puede arrancar
un hijo á su propio padre.

SANCH. Y el otro no tiene madre

y se lo quieres quitar?
(Garcés queda como confundido.)
Entra allí: con santo amor
vela una madre doliente;
allí hay un niño inocente
que espera á su salvador.
Entra y verás qué animado
se sonrie y con fé ciega
á tu probidad se entrega.
Pobre niño desarmado
y del rigor de la suerte
ya en esa edad perseguido!
Mejor que tú fué Bellido
el que á Don Sancho dió muerte.

GARC. Mas quién resiste á Aragon?
quién borra lo que está escrito?
Será este el primer delito
que comete la ambicion?

SANCH. Mas no te dá pesadumbre?...

GARC. Como vivo de esta suerte
siempre en lucha con la muerte,
tal vez será la costumbre...

SANCH. Garcés! si matas á un hombre,
no tendrás, que al fin es crímen,
ni disculpas que te animen
ni temor que no te asombre:
que su espectro irá contigo
y te seguirá enojado,
amenazador, airado,
pidiendo á Dios tu castigo.
Pero tendrás el placer
del encono satisfecho
y su saña hará en tu pecho
la cólera renacer.
Y esto á su ódio deberás,
que aligere tu cadena,

que será menor tu pena
cuanto le aborrezcas más.
Pero un niño, sin enojos,
tenerlo siempre delante
lleno de angustia el semblante
y de lágrimas los ojos;
que tu saña no provoca,
y este es tu mayor pesar,
sin odio y sin exhalar
una queja de su boca;
antes con piedad te mira...
GARC. No habia pensado...
SANCH. De veras?
Ay, Garcés! Cómo quisieras
que te mirara con ira!
GARC. Basta.
SANCH. Porque debe ser
el mayor remordimiento
verle que te dá tormento
sin poderle aborrecer.

ESCENA IX.

DICHOS y DOÑA URRACA.

URRAC. Aquí estabas? (A Garcés.)
GARC. Esperándoos.
URRAC. Si viérais con qué reposo
está durmiendo!... Qué es esto?
(Reparando en la copa.)
SANCH. Eso? Ya no es: era...
GARC. Un tónico.
SANCH. Pero ya no es menester:
ha cambiado de propósito.
URRAC. Pero qué es lo que os sucede?
Teneis demudado el rostro!

Debo temer?

SANCH. La verdad;
debemos temerlo todo.

URRAC. Me haces temblar!

SANCH. Los traidores
conspiran ya sin rebozo.
Díselo, Garcés.

GARC. Vuestro hijo...
Terrible cosa es un trono!

URRAC. Quieren su sangre!

GARC. Su vida,
que es lo que les hace estorbo,
y la sangre sirve siempre
de acusador testimonio.

URRAC. Oh, iniquidad! Hijo mio!

GARC. Tal vez el dogal...

SANCH. O el tósigo.

URRAC. Mas llegarán tarde; es cierto? (A Sancha.)
Dennos un dia... Supongo
que ya le habrás dicho...

SANCH. Nada.

URRAC. Tu intento.

SANCH. Ni por asomo.
Chit! callad!

URRAC. Ni la venida
de esos valientes...

SANCH. Tampoco:
no es menester.

URRAC. No te entiendo.

SANCH. Yo me entiendo.

URRAC. Pero cómo
te ha de ayudar?..

SANCH. Yo no quiero
su ayuda: me basto y sobro.

URRAC. No es fiel?

SANCH. Vaya! en cuanto á fiel!..

en ese punto no hay otro:
verdad, Garcés?

GARC. (Qué suplicio!)

SANCH. Cuanto se diga en su elogio...

GARC. Quieres callar?—Ah, señora! (Cayendo de rodillas.)

URRAC. Qué te pasa?

GARC. Me sonrojo.

URRAC. Tú!

GARC. Me he vendido!

URRAC. Imposible!

GARC. Sí, sí! me he vendido.

SANCH. Al oro. (Con desprecio.)

URRAC. Estoy soñando?

SANCH. El infame!

URRAC. Qué quiere Dios de nosotros?

SANCH. Si alguna vez puede estar
justificado el divorcio...

GARC. Qué pretendes, Sancha?

SANCH. Quiero...
abandonar á ese mónstruo.
Tomaré á mi hijo en los brazos;
huiré de aquel venturoso
tranquilo albergue en que vieron
la primera luz sus ojos,
y allá donde nadie pueda
echarle en cara su oprobio,
vivirá conmigo, á solas
con mi amor y sin mis odios.

URRAC. Y tú á tus cómplices diles
para su asombro y tu asombro,
que la reina de Castilla,
que la hija del sexto Alfonso,
no es ya la tímida oveja
que huye en presencia del lobo;
no, Garcés! es la leona
que defiende sus cachorros.

GARC. Perdon!
URRAC. Nunca.
SANCH. No hay perdon.
GARC. Qué más quereis! Ya no imploro
vuestra piedad? Disponed
de mi vida á vuestro antojo.
SANCH. Piensa...
GARC. Por borrar mi crímen
me siento capaz de todo.
URRAC. Si te falta el valor...
GARC. Quién
es capaz de tanto arrojo
como yo, si como yo
no tiene horror de sí propio?
Y hay que salvar á vuestro hijo.
URRAC. Sí, sí!
GARC. Hay que salvarle y pronto.
SANCH. Quiero salir de esta torre.
GARC. Eso es fácil.
SANCH. De qué modo?
GARC. Por aquí: tengo la llave.
(Garcès abre la puerta que dá á la escalera.)
SANCH. Y no hay más?
GARC. Hay un cerrojo.
SANCH. No hallaré fuera del muro
algun impensado estorbo?
URRAC. Aguarda.—Hay un centinela.
(Despues de asomarse al balcon.)
GARC. Un hombre solo?
URRAC. Uno solo.
GARC. Pobre obstáculo!
SANCH. Es preciso
sorprenderle.
GARC. Yo respondo...
URRAC. Sin armas?
GARC. Y qué más armas

que el despecho?

SANCH. Sobre todo
que no grite.

GARC. Por supuesto;
y si grita, lo acogoto.

SANCH. Ea, pues! Dios te proteja.

GARC. Sin duda. (Ya en la escalera.)

SANCH. Cúbrete el rostro,
que no te conozcan.

GARC. Temes?

SANCH. Lo confieso... y te perdono. (Conmovida.)

GARC. Gracias, y adios! (Baja.)

ESCENA X.

DOÑA URRACA y SANCHA.

SANCH. Garcés mio!

URRAC. Contenta estás!

SANCH. Ya lo creo!
Triunfaremos! Ya me veo
al otro lado del rio.

URRAC. Pero cómo?

SANCH. La verdad...

URRAC. Aún no has pensado?...

SANCH. No sé
cómo, pero llegaré;
para qué es la voluntad? (Dirigiéndose al balcon.)

URRAC. Y el centinela?

SANCH. Está alerta
y apoyado contra el muro.

URRAC. Le sorprenderá?

SANCH. Seguro,
si no rechina esa puerta.
Ois?

URRAC. Llegó?

SANCH. Y ya se escucha
el rumor...
URRAC. No tiemblas?
SANCH. No.
Ya la pica le arrancó.
URRAC. Bien!
SANCH. Brazo á brazo es la lucha!
URRAC. Es bravo!
SANCH. Y está, además,
avezado á esos combates.
URRAC. Por fin... Tente, no le mates!
SANCH. Sujétale nada más.
URRAC. Llévale lejos.
SANCH. Muy lejos. (Pausa.)
URRAC. Qué miras, dí?
SANCH. Qué fortuna!
Veis el rio?
URRAC. Qué?
SANCH. La luna
lo baña, mas sin reflejos.
URRAC. Es cierto.
SANCH. Oís la corriente?
URRAC. No.
SANCH. No! Está helado el Valvona!—
Niño!-El cieló la corona
quiere poner en tu frente!
URRAC. Mira bien!...
SANCH. Probemos, pues.
(Coge la copa que está sobre la mesa, y la arroja con fuerza por el balcon.)
Oís?
URRAC. No hay duda: está helado.
SANCH. Bien! ahora ya todo es vado:
alfombra para mis piés.
Disponeos...
URRAC. No: yo me quedo.

SANCH. Os quedais?
URRAC. Sí
SANCH. Desvario!
URRAC. Corre; salva al hijo mio:
yo por mí no tengo miedo.
SANCH. Señora!
URRAC. Por qué ese espanto?
SANCH. Cuando el rey...
URRAC. Eso te aflige?
SANCH. Sí.
URRAC. La prudencia lo exije;
si alguno viene entretanto...
SANCH. (A su salvacion se inmola!)
URRAC. No, no! hay que hacer la deshecha
y evitar toda sospecha.
Si hallaran la estancia sola,
pronto nubes de soldados
esos campos cubririan...
SANCH. Es cierto.
URRAC. Y nos cazarian
como á tímidos venados.
Una vez libre el infante
mi prision no tiene objeto.
Sal de aquí y yo te prometo...
Ve por el niño.
SANCH. Al instante.
(Entra por la puerta del fondo.)
URRAC. Oh! yo guardaré esta puerta.
Si vienen, será de mí
lo que Dios quiera: de aquí
no me arrancan sino muerta.
(Sancha vuelve á salir trayendo al infante envuelto en su albornoz.)
SANCH. Duerme.
URRAC. Una losa de plomo
sobre mi pecho se ha puesto.

Corazon mio, qué es esto?

SANCH. Valor!

URRAC. Sí, sí!—Pero cómo
si al hado vences contrario,
sabré que á seguro llega?

SANCH. Fácilmente: si os entrega
alguno este escapulario.

URRAC. Parte; alíviame del peso
de este temor que devoro.
Sancha! (Sollozando.)

SANCH. Llorais!

URRAC. Que si lloro!
no lo ves?

SANCH. Y por qué es eso?

URRAC. Caprichos mios; locuras!
Pregunta por qué me aflijo,
y es madre!

SANCH. (Dejadnos... (Procurando alejarse.)

URRAC. Hijo!
Dios te dé tantas venturas
como veces á mi cuello
tus brazos se han enlazado;
como veces han jugado
tus manos con mi cabello;
cuantas puse de amor loca
sobre mi seno tus plantas,
y en fin, hijo mio! tantas
como he besado tu boca.
(Besándole repetidas veces.)

SANCH. Basta! (Con impaciencia.)

URRAC. Rigorosa estás!

SANCH. Nos sorprenderá aquí el dia.
(Dirigiéndose á la escalera.)

URRAC. Tienes razon!—Sancha mia!
otro beso nada más. (Dando un beso al niño.)

SANCH. Animo! (Bajando.)

URRAC. Descuida.
SANCH. Y calma. (Desapareciendo.)
URRAC. Bien: la tendré. (Si es que puedo!)
Adios!—Qué sola me quedo!

ESCENA XI.

DOÑA URRACA.

Si me he quedado sin alma!
Ya se vé! si es tan cruel,
tan penosa, esta partida!
Desde que le dí la vida
no me he separado de él.
Mi hijo! mi amor... No habrá fuera
(Asomándose al balcon.)
alguien... no!—Lo que trabaja
mi espíritu!—Aún baja! aún baja!
(Escuchando á la puerta de la escalera.)
Tendrá fin esa escalera?
A cada rumor, helado
mi corazon se estremece.
Qué es eso? qué? me parece
que la puerta ha rechinado.
Chit! silencio!—Ya salió. (Volviéndose al balcon.)
Bien! ya se acerca á la orilla!
Dios protector de Castilla!
salvadle, aunque muera yo. (Arrodillada.)
Ah!
(Se incorpora rápidamente al ver à D. Alfonso que aparece en este momento por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII.

DOÑA URRACA, DON ALFONSO; luego BELTRAN.

ALFON. Qué os asusta?
URRAC. (Ay de mí!)
Nada. (Esforzándose por aparentar tranquilidad.)
ALFON. Es que el verme os asombra?
URRAC. No, esposo.
ALFON. Apartad. Es sombra,
ó es?...
(Despues de apartar á Doña Urraca, que ha pretendido detenerle, se dirige al balcon.)
URRAC. (Santo Dios!)
ALFON. Quién va allí?
URRAC. (Me vende mi turbacion!)
ALFON. Beltran! Beltran!—Qué sospecha!
(Beltran aparece en la puerta de la izquierda.)
BELTR. Qué mandais?
ALFON. Arma una flecha,
y asómate á ese balcon.
URRAC. No le oigas, Beltran!
(Beltran esquivando á Doña Urraca se acerca al balcon.)
ALFON. No ves? (Señalando al rio.)
BELTR. Sí.
ALFON. Quieres ser caballero?
BELTR. Qué habeis dicho? que si quiero?
mi sueño, mi ambicion es.
ALFON. Pues tira... y mata.
URRAC. No! no!
(Corre al balcon para detener á Beltran, pero se interpone Don Alfonso, que la sujeta por un brazo trayéndola con violencia hasta la mitad de la escena.)
ALFON. Mata!
URRAC. Alfonso! por Dios santo!

BELTR. No necesito yo tanto... (Dispara.)

URRAC. Soltad! dejadme!

BELTR. Cayó!

URRAC. Qué dices! (Con terror.)

BELTR. Y roto el hielo,
se ha sumergido en el rio.

URRAC. Corred! salvadle! hijo mio! (Desesperada.)

BELTR. Su hijo!

URRAC. Me abandona el cielo?
(Se dirige al balcon y dice con un grito desgarrador.)
Sancha! (Pausa.) Nada!

ALFON. (Mia es
Castilla: mia es España.)

URRAC. Silencio!
(Desde este momento, los ademanes y la fisonomia de doña Urraca dejan conocer el trastorno de su razon.)

BELTR. Qué infame hazaña!
(Avergonzado y dejando caer la ballesta.)

URRAC. Baja! baja! uno, dos, tres...
(Cayendo desvanecida.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Castellar.—Salon del mismo castillo que se supone colocado exactamente debajo del que representa la decoracion del acto segundo. Puerta al fondo y á la derecha: á la izquierda una ventana con fuerte reja de hierro. Dos grandes sillones de la época á uno y otro lado del escenario.

ESCENA PRIMERA.

GARCÉS, asomado á la puerta de la derecha y hablando hácia dentro: luego, BELTRAN.

GARC. Bien está; pero por Cristo
que moderes tu impaciencia.
Que vienen!—Cuanta imprudencia!
(Bajando al proscenio.)
BELTR. Te buscaba.
GARC. (Nada ha visto.)
BELTR. No oyes?
GARC. Ah, señor Beltran!
sois vos?
BELTR. Qué es de la llaneza
antigua?
GARC. Vuestra nobleza...
BELTR. Me basta con la de Adan.

Quién me mandaba salir
de aquella humildad dichosa?
No ambicionaba otra cosa
y ahora...

GARC. Qué?

BELTR. Me hace sufrir.

GARC. Carácter más singular!
No te inspira tu hidalguía
orgullo?

BELTR. La lloraria
si yo supiera llorar.

GARC. Tantos proyectos risueños...

BELTR. Fallaron.

GARC. Cómo ha de ser!

BELTR. Esta noche tu mujer
se me ha aparecido en sueños.

GARC. Sí? (Sonriendo á su pesar.)

BELTR. Dejémonos de risas.

GARC. No creas... (Tratando de parecer triste.)

BELTR. Vaya un marido!

GARC. Y te ha hablado?

BELTR. Y me ha pedido.

GARC. Qué te ha pedido?

BELTR. Cien misas.

GARC. Y qué quieres?

BELTR. No lo aciertas? (Con rubor.)

GARC. No entiendo... (Qué imbécil eres!)

BELTR. Que han de pedir las mujeres
siempre, hasta despues de muertas!
Pero mi hacienda es escasa.

GARC. Ya! no tienes...

BELTR. Hoy por hoy,
ni esto.

GARC. No?

BELTR. Como que soy
el fundador de mi casa.

GARC. Ya vendrá...
BELTR. Hasta este momento,
como siempre fuí soldado,
ay, Garcés! aun no he ganado
sino este remordimiento.
Y hasta mi hidalguía, como
ganada en tan mala empresa,
ya te lo he dicho; me pesa
como si fuera de plomo.
Y eso que nadie mejor
la merece.
GARC. Es cosa llana.
BELTR. Que á puños nadie me gana.
GARC. Verdad; pero si ese honor
á los fuertes corresponde
nada más, que no lo niego,
yo sé de más de un labriego
que tiene fuerzas de conde.
BELTR. No es eso.
GARC. Y aun más de un oso...
BELTR. Por fuerzas, quién no comprende
que entre los hombres se entiende
el ánimo generoso?
Esto es lo que hace vencer;
la fé, el valor, el desprecio
de la vida.
GARC. Soy un necio.
BELTR. Mas volviendo á tu mujer...
GARC. Qué quieres?
BELTR. Que tu amistad,
buen Garcés, venga en mi ayuda.
GARC. Yo he de ayudarte?...
BELTR. Sin duda:
á cumplir su voluntad.
GARC. A la larga ó á la corta,
quién no muere? y sobre todo,

yo no la maté, de modo,
Beltran...

BELTR. Que nada te importa.

GARC. No me importa.

BELTR. No lo dudo;
vaya! y hasta me pareces
contento. A que me agradeces
haberte dejado viudo?

GARC. No diré tanto.

BELTR. Lo digo
yo.

GARC. Hasta ese punto no creas...

BELTR. Vamos! no espero que seas
tan inhumano conmigo.
Esas misas borrarán
tal vez el recuerdo aciago...

GARC. Bien; pero si yo las pago;
qué haces tú en eso, Beltran?

BELTR. Pues es cierto!

GARC. Que si lo es!

BELTR. Y lo siento y me lo explico.

GARC. Yo bien te quisiera rico.

BELTR. Tranquilízate, Garcés.

GARC. Tú no lo tienes.

BELTR. No, pero
lo tendré; yo te lo fio.
Con que el mérito no es mio
mientras no lo sea el dinero?
Eso de mi cuenta corre.

GARC. Pues á ello.

BELTR. (Y tal vez te duela.)
Te acuerdas del centinela
que estaba al pié de la torre?

GARC. No me acuerdo.

BELTR. Qué memoria!

GARC. Ni comprendo la pregunta.

BELTR. Cuando intentó la difunta
la frustrada escapatoria.
GARC. Ya!
BELTR. Pues sin duda, enterado
de que aún tiene la cabeza
sobre los hombros, empieza
á hablar el descalabrado.
GARC. Y qué tengo, vive Dios,
que ver con eso?
BELTR. Lo sé
todo.
GARC. Todo?
BELTR. Ce por be,
lo que pasó entre los dos.
GARC. Sí?
BELTR. Pero lo extraordinario
de aquella negra aventura,
no es eso.
GARC. Pues qué?
BELTR. Asegura
que conoció á su adversario,
y aquel recuerdo le humilla.
GARC. (Diablo de...)
BELTR. Te pones triste?
GARC. Y qué dice?
BELTR. Que tú fuiste
quien le echó la zancadilla.
GARC. Yo!
BELTR. Y está de ira convulso:
y bien mirado, le infama
que le hayas postrado en cama
antes de tomarle el pulso.
GARC. Más bajo!
BELTR. Yo en tu lugar...
GARC. Qué hicieras?
BELTR. Estabas loco?

Debiste matarle un poco
para no dejarle hablar.
GARC. Por qué del riesgo me avisas?
BELTR. Ingrato! Y no te sonrojas!
GARC. Por afecto?
BELTR. Y por si aflojas
la plata para esas misas.
GARC. Toma: el mismo rey me ha dado
(Dándole un bolsillo.)
ese oro de maldicion,
en pago de una traicion.
No luce lo mal ganado:
está visto y está escrito.
Asi le ha entrado la peste.
BELTR. Este oro del crímen, este,
va á ser dinero bendito.

ESCENA II.

DICHOS, y el rey por la puerta del fondo.

ALFON. Beltran, Garcés; aquí estais?
LOS DOS. Señor...
ALFON. Te encuentro abatido. (A Beltran.)
BELTR. Mucho; y vos?
ALFON. Yo pronto olvido.
BELTR. Dichosos los que olvidais.
(Es preciso que te atrevas,
Beltran.) Si quereis oir...
ALFON. Acabo de recibir
de Castilla malas nuevas.
GARC. Las abultará el temor.
BELTR. Serán ciertas?
ALFON. No lo dudes;
hay síntomas de inquietudes
en Búrgos.

BELTR. Tanto mejor.
ALFON. Por qué?
BELTR. Si los castellanos
nos buscan...
ALFON. Te alegrarías?
BELTR. Quién puede estar tantos dias
así... cruzado de manos?
Pero antes, y es más urgente,
quiero... perdonad mi audacia.
ALFON. Qué es?
BELTR. Una gracia!
ALFON. Otra gracia?
BELTR. Señor...
ALFON. Eres exigente!
BELTR. Yo soy un hombre de bien
y sin malicia ninguna;
soldado de la fortuna,
hijo... de yo no sé quién.
Vine aquí, Dios me es testigo,
para ganar honra y fama,
y gané, lo que se llama...
De vergüenza no lo digo.
ALFON. Y qué quieres?
BELTR. A fé mia
que no lo esperais. Pues quiero
dejar de ser caballero:
volver á mi villanía.
ALFON. Basta! y en vano se esfuerza...
Yo esas gracias no revoco.
BELTR. Ni se renuncian?
ALFON. Tampoco.
BELTR. Y he de ser noble por fuerza?
Si tan infame blason
de esta campaña llevara,
me escupieran á la cara
las gentes en Aragon.

ALFON. Con la espada, si alguien osa
agraviarte, se contesta.
BELTR. Tengo pronta la respuesta;
(Señalando á la espada.)
mas sucederá una cosa,
y tiene que suceder.
Dirán: «A ese ennobleció
el rey, porque asesinó
á un niño y á una mujer.»
Y además de ser patente
verdad, por desgracia mia,
tendré que andar todo el dia
ocupado en matar gente.
ALFON. Nos quedan muchas campañas.
BELTR. Eso! eso!
ALFON. Y no me razones,
que yo te daré ocasiones
para mayores hazañas.
BELTR. Siempre quedará este afan.
Aquel niño no os dá pena?
ALFON. Se siente el grano de arena
que arrebata el huracan,
ni el insecto que la muerte
halla entre el sangriento barro,
bajo la rueda del carro
que lleva al guerrero fuerte?
BELTR. Sin embargo...
ALFON. El que conquista
no mire jamás al suelo:
como el águila su vuelo,
debe levantar la vista,
y cuanto abarquen sus ojos
y su codicia contente,
hágalo resueltamente
de la victoria despojos.
No se llama usurpador

el que arranca una diadema.
Adelante! este es el lema
de todo conquistador.
Yo hasta las remotas playas
de Cádiz...

BELTR. Por Dios, te pido, (A Garcés.)
ó vete, ó cierra el oido;
pero es mejor que te vayas.

ALFON. Qué es eso? (Con altivez.)

BELTR. Yo os debo ley;
pero él no, que es de otra cépa,
y no quiero yo que sepa
ningun error de mi rey.

ALFON. Ha dicho error? (Enojado.)

BELTR. Dije error. (Con serenidad.)

ALFON. Has mentido.

(Beltran hace un movimiento de cólera que reprime inmediatamente.)

BELTR. No soy hombre
de eso.

GARC. No sabrá otro nombre...

BELTR. Otro sé; pero es peor.

ESCENA III.

DICHOS y GIRALDO que viene por la derecha muy apresurado.

GIRAL. Señor! Señor!

ALFON. Buen Giraldo...

GIRAL. Perdonad.

ALFON. Qué es eso? Vienes
alterado.

GIRAL. Y mucho: si hay
cosas que no se comprenden!

ALFON. Explícate.

GIRAL. Hemos hallado
allá arriba, en los andenes,
una mujer encubierta.

ALFON. Una mujer!

GARC. (Imprudente!)

ALFON. La conoces?

GIRAL. Sí, señor,
y no la he visto tres veces.
Sancha.

ALFON. Qué Sancha?

GARC. Mi esposa.

BELTR. Señor, yo sé á lo que viene. (Asombrado.)
Tengo con ella una deuda;
cien misas, sin la de *requiem*.

GARC. (Pobre Beltran!)

BELTR. Y vendrá
por la de cuerpo presente.

ALFON. Silencio!

GARC. Pues no, lo que es
en esa materia...

ALFON. Tienes
miedo?

BELTR. Y mucho: con los muertos
ningun cristiano es valiente.

GARC. Y si está viva?

ALFON. Qué dices?

GARC. Verdad es lo que refiere
Giraldo.

ALFON. Vive tu esposa!

GARC. Apenas convaleciente
de su herida...

ALFON. Y el infante?

GARC. El infante? lo que es ese...

ALFON. Cuándo lo has sabido? (Mirándolo fijamente.)

GARC. Hoy mismo:
esperaba solamente

una ocasion...

ALFON. Bien; que traigan
á esa mujer.

GIRAL. Aquí viene.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y SANCHA, que viene por la derecha conducida por UN SOLDADO.

ALFON. Ven aquí.

SANCH. Ya estoy aquí.

ALFON. Acércate más: no tiembles.

SANCH. Quién, yo? por qué ha de temblar
quien cumple con sus deberes?

ALFON. Mis agravios te perdono
si dices verdad.

SANCH. Yo siempre
digo verdad. (Pero creo
que esta vez no me conviene.)

ALFON. Por qué con teson que no es
propio de tu sexo débil
sobre tus hombros echaste
tan grave peso?

SANCH. Qué quiere
vuestra alteza? hemos llegado
á época triste, de suerte
que es preciso que á los hombres
den lecciones las mujeres.
(Dirigiendo á Garcés miradas de fingido enojo.)
La que no tiene ambicion
y la que morir no teme,
vale un hombre, por lo menos,
en el espíritu fuerte.
Soy leonesa, y de la reina
vasalla por consiguiente;

qué he de hacer viéndoos en lucha
por opuestos intereses?
Entre vuestra esposa y vos,'
puedo dudar?

ALFON. Ya sé que eres...
SANCH. Para ella, fiel; para vos...
ALFON. Dilo.
SANCH. Para vos, rebelde.
ALFON. Pudiera esa rebeldía
costarte...
SANCH. Bah! todo tiene
su legua de mal camino.
ALFON. Ya soy rey de España.
SANCH. Puede:
no digo que no: lo bueno
será que el diablo lo enrede.
ALFON. Veremos...

ESCENA V.

DICHOS y DOÑA URRACA por la puerta del fondo: su rostro y sobre todo sus miradas, expresan un completo abatimiento.

GARC. Señor! la reina!
SANCH. La reina!
URRAC. Qué acento es ese
que resuena aqui? Me dijo
que vendria; mas no viene.
GARC. Siempre el mismo tema.
SANCH. Dios
de bondad!
URRAC. Chit! quince, veinte,
y otro, y otro y nunca llega!
Esa escalera no tiene
fin! baja! aún baja!—Partió!

pero cómo es que no vuelve?

GARC. Nunca, desde aquella noche
infausta, que yo recuerde,
ha hablado así.

ALFON. Esas palabras
no son ya tan incoherentes.

GARC. Será que quiere salir
de su postracion inerte?
(Acercándose á la reina y tomándola el pulso.)
que se prepara una crísis?
El pulso está más frecuente.

ALFON. Háblala tú. (A Sancha.)

SANCH. Y qué la digo
que su dolor no exaspere?

GARC. Su dolor? Pues eso quiero.

ALFON. Cómo no te halló mi gente
esa noche?

SANCH. En una cueva,
viéndome de aquella suerte,
unos pobres labradores
me dieron seguro albergue.

URRAC. Ah! (Fijándose en Sancha con profunda atencion.)

SANCH. No veis cómo me mira?

ALFON. Sigue.

GARC. Dijérase á veces
que oye con ansia profunda;
mas ya ves.
(Señalando á la reina que ha vuelto á su postracion.)

SANCH. Ha vuelto al éxtasis...

ALFON. Y el infante? (Se extremece de nuevo la reina.)

SANCH. Pobre niño!

URRAC. Pobre niño! (Repitiendo maquinalmente la frase.)

ALFON. Dí.

SANCH. La fiebre,
(Bajando la voz como temiendo que le oiga la reina.)
su tierna edad... qué otra cosa

sino la muerte...

URRAC. La muerte!

SANCH. Ha comprendido! (Extremeciéndose.)

GARC. No hay miedo:
repite maquinalmente
las palabras que oye, pero
ya lo ves: no las comprende.

SANCH. Oh! siendo así... pobre madre!

ALFON. Es ya locura...

GARC. Incipiente;
quiero decir, que ahora empieza,
y sin embargo, no tiene
remedio, si no hace Dios
algun milagro patente.

SANCH. Es decir...

ALFON. Claro, que no hay
ninguna esperanza.

SANCH. (Herege!)

ALFON. Ya es fuerza que se publique
de una manera solemne
á mis pueblos, del infante
el fin doloroso y breve;
la dolencia de mi esposa;
la exaltacion de su mente.
Tú lo dirás allá en términos
que persuadan y no suenen...
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)

GARC. Ya sé...

ALFON. Giraldo?

GIRAL. Señor? (Siguiéndole.)

ALFON. Dì á la guardia que no deje (Aparte á Giraldo.)
salir del castillo á nadie.

GIRAL. Ni á Garcés?

ALFON. Veo que me entiendes.
(Vase con Giraldo, hablándole al oido.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, menos DON ALFONSO Y GIRALDO; SANCHA se acerca á la reina.

BELTR. Sueño fué la aparicion. (Ap. á Garcés.)
GARC. Ya ves.
BELTR. Y soy caballero.
Toma. (Alargándole el bolsillo.)
GARC. Por qué?...
BELTR. Este dinero
es fruto de una traicion.
GARC. No lo quieres?
BELTR. Eso dudas?
GARC. Mas ya no es mio.
BELTR. Ni mio.
GARC. Arrójalo en ese rio.
BELTR. Ahí va el dinero de Judas.
(Arroja el bolsillo por la ventana y váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VII.

DOÑA URRACA, SANCHA, GARCÉS.

SANCH. No cesan vuestros enojos?
URRAC. No.
SANCH. Ni aun porque alegre vengo?
URRAC. Qué quieres, si ya no tengo
á dónde volver los ojos?
SANCH. Reina! señora! yo soy:
Sancha, no me conoceis?
URRAC. No.
SANCH. Miradme bien: no veis
ni aun estas lágrimas?..

URRAC. No.
SANCH. Ayudemos su memoria.
Vive...
GARC. No tan de repente,
Sancha.
SANCH. Quieres que la cuente
de aquella noche la historia?
GARC. Quién sabe! empiezo á dudar.
SANCH. Temes!
GARC. Sí: la prueba es dura,
y ha tomado su locura
un giro tan singular!
SANCH. Habrá olvidado el recuerdo?...
Esto es ya la insensatez;
y quién sabe? ahora tal vez
ni aun se acuerda...
URRAC. Ay, si me acuerdo!
(Sorpresa de los dos.)
Bajaba el niño en los brazos...
Hijo de mi corazon!
quién de nuestra dulce union
rompió los alegres lazos?
Quién me robó mis delicias,
dí? cómo es que no ha venido
habiéndome prometido
devolverte á mis caricias?
Cuéntame!... yo respiré
al verlos libres: mi ruego
oyó el Señor; pero luego
vino un hombre... Cómo fué?
Corre! sus plantas pesadas
no se mueven de un lugar!
Huye!
SANCH. Queria apagar
el rumor de mis pisadas;
pero en vano: parecia

que allá en misteriosos huecos,
mi leve paso en cien ecos
el aire reproducia.
Cuando tocaba á la opuesta
márgen, con gozo infinito,
partió de la torre un grito
y armar sentí una ballesta.
Yo revolví el albornoz
en torno al brazo desnudo,
haciendo múltiple escudo
contra la flecha veloz.
Fué aquel un momento amargo
de insoportable agonía.
Ya ha pasado y todavia
me está pareciendo largo.
Por fin, la flecha partió.

URRAC. Te oigo.

SANCH. Y con ímpetu extraño
pasando el grosero paño
en el costado me hirió.

URRAC. Ah!

SANCH. Caigo y oigo crugir
de repente el frágil suelo.

URRAC. Y qué más?

SANCH. Se rompe el hielo
y me siento sumergir.

URRAC. Sí! sí! (Esforzándose por despertar sus recuerdos.)

SANCH. Y me encuentro, despues
de mil esfuerzos perdidos,
los brazos entumecidos,
sin movimiento los pies,
quebrantada mi entereza
y el pecho de aliento falto;
pero el niño siempre en alto:
siempre sobre mi cabeza.

URRAC. Acaba.

SANCH. En este momento,
detrás de una piedra oculto
me pareció ver un bulto,
y otro despues, y otros ciento,
y yo dije para mí;
«Si serán los de mi villa?
Castilla!» exclamé; «Castilla!»
respondieron, «por aquí!
acercaos!»—Gentil aliño!
en vano era mi ansiedad;
pero les dije: «Salvad
al niño!»
URRAC. Salvad al niño! (Con angustia.)
GARC. Sigue.
SANCH. Pero estaba Dios
con nosotros.
URRAC. Quién lo duda?
GARC. Sigue! Sigue!
SANCH. Con su ayuda
nos salvaron á los dos.
URRAC. Ah!
SANCH. El alcalde, tan contento,
«quién es?» preguntó al instante:
«Es el infante.»
URRAC. El infante!
SANCH. «Pues no hoy que perder momento.»
Y dejando á un lado asombros
más propios de cortesanos,
cogióle con ambas manos
y le alzó sobre sus hombros
diciéndole; «Nuestra ley
por tu vida y gloria vela:
vámonos á Compostela
donde te coronen rey.
Sea tu corona guirnalda
leve, y tu trono, señor,

tan firme como el amor
del que te lleva en su espalda.»

URRAC. Y en fin?

SANCH. Coronado está.

URRAC. Quién?

SANCH. Ya tiene rey Galicia.

URRAC. Ah! Sancha! Sancha! Justicia
de Dios!

SANCH. Me conoce ya! (Con júbilo.)

URRAC. Rey de Galicia! Qué error
les arrastra?.. Pero es cierto?
Ay! cómo se ve que ha muerto
su legítimo señor!

GARC. Ay, si llorara!..

URRAC. Traidores!
Y mostrais tal regocijo!..
Pero ese reino es del hijo
de mis ya tristes amores.

SANCH. Reina!

URRAC. Aparta, vive el cielo!
Ah! qué recuerdo! tú fuiste.

SANCH. Yo fuí...

URRAC. Qué noche tan triste!
la saeta, el rio, el hielo...
Oh! qué noche!

SANCH. Quién la olvida?

URRAC. Y no quedan ni aun despojos
en que reposen los ojos
de la madre dolorida.

(Sancha, asaltada de una idea repentina saca el escapulario del niño y lo pone en las manos de doña Urraca.)

SANCH. Sí, sí!

URRAC. Aquel fué mi calvario:
calvario horrible!

SANCH. Funesto.

ESCENA VIII.

DICHOS y el rey que viene por la puerta del fondo.

GARC. El rey!
ALFON. Silencio!
URRAC. Qué es esto?
(Sorprendida al encontrar en sus manos el escapulario, y dando un grito.)
SANCH. No lo veis? su escapulario.
(Doña Urraca se deja caer de nuevo en el sillon, riendo y sollozando alternativamente.)
URRAC. Ay! ay! ay!
SANCH. Qué lucha horrenda!
GARC. Chit!
URRAC. Despertaos, alegrías
SANCH. Bondad de Dios! (Radiante de esperanza.)
URRAC. Cuántos dias
te he esperado, ay, dulce prenda!
Vírgen, custodia eficaz,
vencedora de la parca;
paloma que vuelve al arca
trayendo ramo de paz!
Sancha! conozco tu ley;
(Viéndola y corriendo hácia ella.)
vive, pues que alegre vienes. (Abrazándola.)
SANCH. Vive! (En voz muy baja al oido de la reina.)
URRAC. Parece que tienes
miedo de que te oiga el rey!
SANCH. Silencio! (Lo mismo.)
URRAC. Por qué razon?
no soy madre? qué me falta?
Vive! (Gritando.)
ALFON. Qué?..
(Con recelo y examinando la fisonomía de todos.)

URRAC. Dilo en voz alta,
con todo tu corazon.
Harto tiempo, qué flaqueza!
fuí de mi temor esclava.
ALFON. Es verdad?... (Observando á los tres con desconfianza.)
URRAC. Para mí estaba
muerta la naturaleza.
Ahora rio, ahora soy fuerte,
sí, porque mi hijo está vivo.
Ya no temo ni aun concibo
que podais darme la muerte. (Al rey.)
ALFON. Qué? qué decís?
URRAC. La verdad.
ALFON. No me esplicareis?...
URRAC. Yo quiero
llorar! lágrimas! me muero...
pero es... de felicidad.
(Cayendo medio desvanecida en los brazos de Sancha; esta la lleva hasta la reja donde queda medio oculta.)
SANCH. (Se está vendiendo.)
ALFON. Qué opinas
de esto? qué dice tu ciencia?
(Mirándole con fijeza.)
SANCH. Toma formas la demencia,
singulares, peregrinas:
ya lo veis.
ALFON. Mas su razon...
SANCH. Oh! su razon va de tumbo.
Ahora ha tomado otro rumbo,
pero con mas intension.
No veis el rojo matiz
de la encendida pupila?
ALFON. Parece menos tranquila.
SANCH. Sin embargo, es más feliz.

ESCENA X.

DICHOS, DON MENDO por el fondo.

ALFON. Quién viene? Sois vos, Don Mendo?
MENDO. Yo, que á rápidas jornadas
he venido...
ALFON. Qué traeis?
MENDO. Nuevas para vos infaustas.
ALFON. Infaustas?
MENDO. Si bien con otras
de sumo gozo templadas.
Cuáles os diré primero?
ALFON. Antes decidme las malas.
MENDO. Ha venido desde Roma
un legado...
ALFON. Y bien? (Con impaciencia.)
MENDO. El Papa
anula solemnemente
vuestro matrimonio, á causa
del vínculo consanguíneo.
ALFON. Ah!
MENDO. Castilla y Leon se alzan,
y al grito de independencia
corren de nuevo á las armas.
ALFON. Y las noticias alegres,
compensan?...
MENDO. Y con ventaja
á las adversas.
ALFON. Y son?
MENDO. Con mengua de vuestra fama,
corrió en Castilla un rumor;
una invencion insensata.
De la muerte del infante
nuestro pueblo os acusaba.

ALFON. Es posible!
MENDO. La calumnia,
qué quereis! todo lo mancha.
Mas la verdad, vencedora
de sospecha tan villana,
se hizo paso, y vuestra honra
quedó limpia, acrisolada.
ALFON. Mas cómo?
MENDO. Puesto que vivo...
(Desde este momento se oye á lo lejos toque de campanas.)
ALFON. Vive?
MENDO. Galicia le llama
su rey.
ALFON. Mas quién lo asegura?
MENDO. El mismo conde de Trava.
URRAC. No habeis querido creerme. (Adelantándose.)
MENDO. Sois vos? dejad que á esas plantas
os pida perdon...
URRAC. Alzad.
MENDO. Si os ofendí...
URRAC. Basta, basta.
Mensajero de venturas;
quién es quien de agravios habla?
La reina olvida; la madre
perdona con toda el alma.

ESCENA XI.

DICHOS, GIRALDO y BELTRAN por la puerta del fondo.

GIRAL. Y sufrimos esto? pesia!...
BELTR. Lo estoy viendo y no lo creo.
ALFON. Qué es eso?
BELTR. Ese campaneo?
que se alborota la iglesia.
ALFON. La iglesia? qué significa?...
habla.

GIRAL. Si esto se consiente
nos va á azotar esa gente.
BELTR. En el templo se publica,
y por eso es la alharaca,
yo no sé qué breve ó bula.
ALFON. Ya sé.
GIRAL. Se dice que es nula
vuestra union con doña Urraca.
ALFON. Sí.
GIRAL. Y andan alborotados...
ALFON. Hay más?
GIRAL. Dicen en la villa
que los nobles de Castilla
os mandan sus diputados
reclamando á su señora.
MENDO. Así es. (Inclinándose.)
ALFON. De mí os apartais?
Pues bien! yo os juro... (Con ira.)
MENDO. Qué vais
á hacer?
ALFON. Lo vereis ahora.
URRAC. Don Alfonso; hoy no es ayer.
ALFON. Estais del triunfo orgullosa;
mas si ya no sois mi esposa,
aun estais en mi poder.
Castilla á las armas corre
y se atreve á mi respeto!
URRAC. No soy libre?
ALFON. Yo os prometo
que saldreis hoy de esta torre.
BELTR. Bien! (A Giraldo: gesto de aprobacion de este.)
ALFON. Pero á Monzon ireis.
URRAC. Yo á Monzon?
BELTR. Esto es distinto. (Aparte á Giraldo.)
ALFON. Buscad quien de su recinto
os saque.

GIRAL. Qué mal haceis!
ALFON. Mal, vasallo desleal?
GIRAL. Qué habeis dicho?
ALFON. Y aun aleve.
GIRAL. Ah!
ALFON. Quién á decir se atreve
que su señor hace mal?
GIRAL. Quién? yo, noble de Aragon,
que entre los dos he jurado
ponerme siempre del lado
del que tuviere razon.
ALFON. Es á mi persona ultraje...
GIRAL. Y toda vuestra nobleza
lo ha juradó: á vuestra alteza
al hacer pleito homenaje
que tiene á Dios por testigo...
ALFON. Y si no cedo por nada:
qué hareis?
GIRAL. Romperé mi espada.
CABS. ARAGONESES. Sí!
GIRAL. Y todos! todos conmigo.
En esta tierra, en que fuera
novedad cualquier mancilla,
ya es la reina de Castilla
huéspeda y no prisionera.
Señor! dejadla volver
á su tierra castellana.
BELTR. Y si es preciso, mañana
la volvemos á traer.
GIRAL. Por el honor de Aragon!
ya os hemos obedecido
en tanto que habeis tenido
un átomo de razon.
Mas lo que es hoy...
ALFON. Haceis bien.
Ya Castellar no os encierra; (A doña Urraca.)

mas desde hoy os haré la guerra.
URRAC. Guerra, pues que la quereis...
SANCH. Sí! Pero cuánto mejor
fuera combatir al moro,
para la gloria y decoro
de Alfonso el Batallador?
ALFON. (1) «Delante de mí se atreve
»esa mujer?...
SANCH. »Por supuesto.
»Hablo por la plebe.
ALFON. »En esto
»no tiene voto la plebe.
SANCH. »Pues no es ella en cualquier tierra
»á quien eso más importa?
»No es la carne en que más corta
»el cuchillo de la guerra?
»Quién de esa calamidad
»padece más el estrago?
»Pues ya que es amargo el trago,
»bébalo con voluntad.
»Oid, que hablo con los dos.
»Propicio quereis al cielo?
»pues echad de nuestro suelo
»los enemigos de Dios.»
A esa raza musulmana
que en sus adarves oculta
en Zaragoza os insulta
y á Zaragoza profana.
No es vergüenza, no es baldon
que allí sus armas sostenga?
No es ya ignominia que os tenga
arrinconado en Monzon?
No se diga que de miedo...

(1) Puede suprimirse para la representacion todo lo que está entre comillas.

ALFON. Yo!
SANCH. Cuando oirlo no os cuadre,
id contra el moro.
URRAC. Mi padre
le arrancó la gran Toledo.
Id, y entretanto Castilla
libre de estas luchas fieras
podrá llevar sus banderas
á Córdoba y á Sevilla.
SANCH. «Contra esas gentes feroces
»marchad en santa alianza
»y llevaos la última lanza
»y aun el hierro de las hoces.
»Y no mireis hácia atrás,
»que si buscarnos resuelven
»en Leon, yo sé que vuelven
»descalabrados y más.
GARC. »Nó: sin armas no respondas...
SANCH. »Pues respondo y no me arredra.
»Qué mas arma que una piedra
»lanzada por nuestras hondas?
»Como esta, más de una hazaña
»resuena en nuestros oidos;
»verdad? (A Garcés.) Los endurecidos
»pastores de mi montaña;
»los que pueblan nuestros valles,
»con espíritu gallardo
»fueron allá con Bernardo
»á vencer en Roncesvalles.
»Allí enterrados están
»probando nuestra constancia
»el ciego orgullo de Francia
»y el cadáver de Roldan.
»Los que al paladin bizarro
»principalmente vencieron;
»qué otras armas le opusieron

»que la cuerda y el guijarro?

GARC. »Tienes razon.

SANCH. »Oid, pues,
»la voz de nuestra conciencia!
»Primero es la independencia:
»lo demás vendrá despues.»

GIRAL. Vuestra gente se alboroza,
señor, con solo la idea
de tan gran hazaña. Ea!
vamos contra Zaragoza.
Más digna es de vuestro brazo.

BELTR. Señor, dejaos persuadir,
y yo os prometo salir
á moro por cintarazo.

URRAC. Vereis qué pronto nos huyen
si ven en su daño unidos
dos pueblos que hoy divididos
se combaten y destruyen.
Yo misma quiero ir con vos
á echar á los agarenos.
Así quedará á lo menos
este lazo entre los dos.

ALFON. Sí, bien decís; arrojar
al moro debemos antes.
Hay que cubrir de turbantes
de Calpe el estrecho mar.

SANCH. Quien sufre nuestra mancilla,
ni su propia cuna goza.

ALFON. Ea, pues! A Zaragoza! (A los caballeros aragoneses)

URRAC. A Córdoba y á Sevilla! (A los castellanos.)

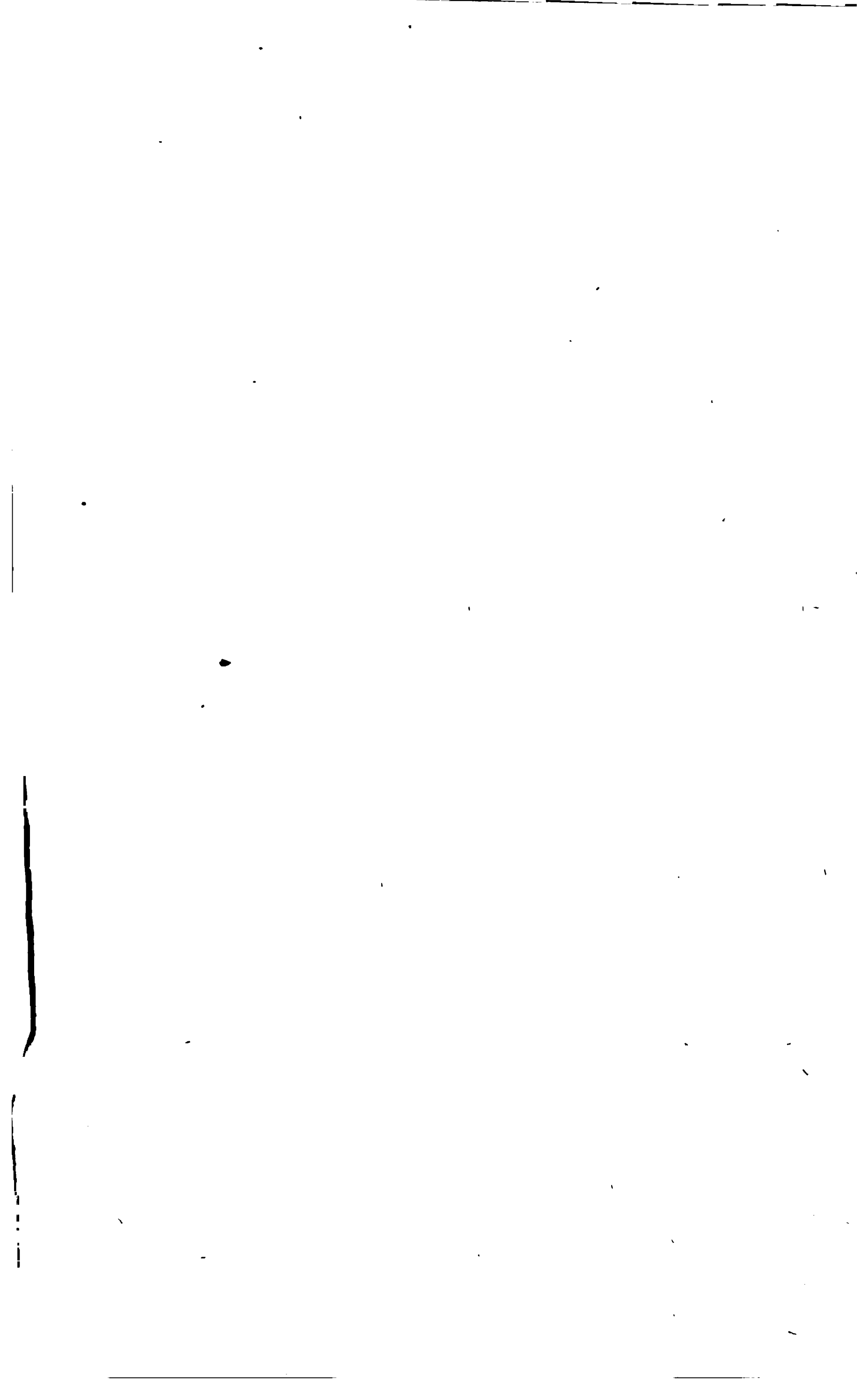
(Vánse D. Alfonso y los caballeros aragoneses.)

ESCENA XII.

DOÑA URRACA, SANCHA, GARCÉS y caballeros castellanos.

SANCH. Ya lo veis.
URRAC. Hemos triunfado.
SANCH. Bien lo dice esa alegría.
URRAC. Gracias á tí, Sancha mia,
mi huérfano se ha salvado.
Dos madres valen un padre:
verdad?
SANCH. Estais engañada.
No, señora: dónde hay nada
más valiente que una madre?
URRAC. Abrázame.
SANCH. Yo!
(Mirándolo entre los castellanos.)
URRAC. En su ley (A los castellanos.)
esta exaltacion se funda.
Vedla: es la madre segunda
del que será vuestro rey.
A ella se debe...
SANCH. A las dos,
y á ninguna: era invencible...
—Para quién no está visible
la santa mano de Dios?
Propicio á tanto cariño,
él guardó contra la parca
para Castilla al monarca,
para nosotras al niño.

FIN DE LA COMEDIA.



HOME USE
CIRCULATION DEPARTMENT
MAIN LIBRARY

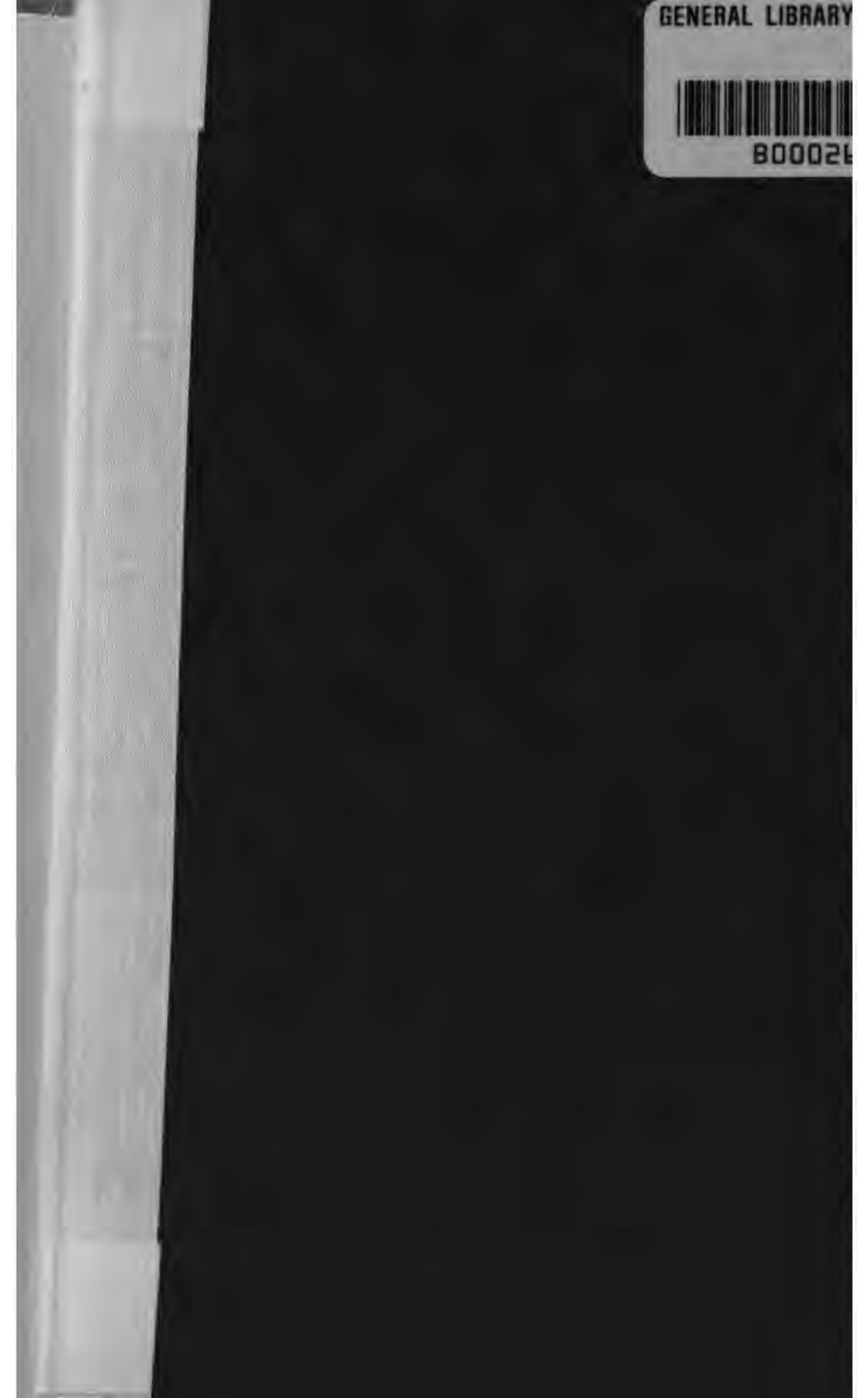
This book is due on the last date stamped below.
1-month loans may be renewed by calling 642-3405.
6-month loans may be recharged by bringing books to Circulation Desk.
Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.
ALL BOOKS ARE SUBJECT TO RECALL 7 DAYS AFTER DATE CHECKED OUT.

JUL 20 1976

REC. CIR. MAR 3 '76

LD21—A-40m-8,'75
(S7737L)

General Library
University of California
Berkeley


GENERAL LIBRARY
B0002